

JACQUES RUEFF, UN ECONOMISTA LIBERAL INJUSTAMENTE OLVIDADO

Jacques Rueff, an Unjustly Forgotten Liberal Economist

IGNACIO ARELLANO¹

Fecha de recepción: 21 de mayo de 2018

Fecha de aceptación: 1 de mayo de 2019

Resumen: El 23 de abril de 2018 se conmemoraron cuarenta años del fallecimiento del gran economista liberal francés, Jacques Rueff. En este artículo se repasa la biografía de este economista, comentando sus importantes aportaciones a la ciencia económica en campos como la fijación del tipo de cambio, el déficit público, el paro o la impostura intervencionista con el dinero, que fue su gran caballo de batalla. Para defender el verdadero dinero, Jacques Rueff será acérrimo partidario del patrón oro y se enfrentará a Keynes directamente y antes que Hayek. En este artículo se pregunta por el olvido incomprensible al que Rueff se ha visto sometido, no sólo en los ambientes académicos oficiales, sino entre el pensamiento liberal, algo extraño porque sus aportaciones, altamente rompedoras con la academia, en muchos casos son perfectamente compatibles con de los planteamientos de la Escuela Austriaca de economía (EAE).

Palabras clave: Jacques Rueff, liberalismo, reformas monetarias, patrón oro, orden social.

Clasificación JEL: B13, B15, B25, E14, E42, E65

Abstract: On April 23, 2018, it was the 40th anniversary of the death of the great French liberal economist, Jacques Rueff. This article reviews his biography, commenting on his important contributions to economic science in areas

¹ Economista, Máster en economía de la escuela austriaca (URJC) y doctorando en la escuela internacional de doctorado (URJC).

such as the exchange rate, public deficit, unemployment or the interventionist imposture with money. To defend real money, Jacques Rueff will be a staunch supporter of the gold standard and will face Keynes directly and before Hayek. This article wonders about the incomprehensible oblivion to which Rueff has been subjected, not only in the official academic environment, but also in the liberal thought, something strange because his contributions, highly groundbreaking with the academy, in many cases are perfectly compatible with the approaches of the Austrian School of Economics (ASE).

Keywords: Jacques Rueff, liberalism, monetary reform, gold standard, social order.

JEL Classification: B13, B15, B25, E14, E42, E65

I INTRODUCIENDO A JACQUES RUEFF

Jacques Rueff fue un economista liberal sobre el que el pensamiento económico oficial ha vertido un muro de silencio desde el final de los años sesenta del siglo XX. En tres ocasiones reformó en liberal, y con notable éxito, la situación económica francesa y lo hizo con gobiernos de diferente ideología. Consecuentemente con sus ideas liberales siempre achacó, a unos y otros, el que al trastocar el orden espontáneo del mercado, el sistema de fijación libre de los precios o el mismísimo dinero (al sacarlo del patrón oro), lo que hacían era poner puertas al campo y así, les dijo: “sed liberales, sed socialistas, sed lo que queráis... ¡pero no seáis mentirosos!”. Fue Rueff quien habló del pecado monetario de occidente y de que trastocar el sistema de establecimiento libre de los precios era subvertir el orden social y caer en la era de la inflación.²

² En España, a Jacques Rueff casi nadie le conoce realmente, aunque es cierto que las obras de Rueff más importantes o de mayor impacto se publicaron en nuestro país en su momento. Así, su obra cumbre, *El orden social*, lo fue en 1966, en edición de la editorial Aguilar (en la misma colección, por cierto, en la que también se publicó el manual de Samuelson). Por su parte, *El pecado monetario de occidente* lo fue por DOPESA en 1971 y *La era de la inflación*, por editorial Guadarrama en 1967. Esta misma editorial publicó también

Resulta curioso que se tenga en consideración a muchos pensadores liberales y nada se diga de Rueff. Así, manuales como el de Boetke (2010) no le mencionan. Tampoco lo tuvo en cuenta Schumpeter (1971). Tal vez a la erudición de un Rothbard no se le habrían escapado las aportaciones de Rueff si no hubiese visto truncada por la muerte la redacción de su tercer tomo de la *Historia del pensamiento económico* (Rothbard 2013). Lawrence White, defensor del *free banking*, tampoco lo tiene en cuenta en un libro suyo reciente (White 2012)³. También sorprende que Mark Skousen no lo cite en su historia del pensamiento económico (Skousen 2016).

la última obra de Rueff: *Les dieux et les rois*. La revista *Información Comercial Española* (ICE), dirigida por Enrique Fuentes Quintana en esos momentos, acogió artículos suyos en la misma, por ejemplo, en el número de octubre de 1969. Ver Rueff (1969). Rueff fue invitado por el Banco de España en 1959 y el 8 de abril de ese año dio una conferencia en la casa sindical en el Paseo del Prado de Madrid y participó en un coloquio en el propio seno del Banco de España el día diez de ese mismo mes. Todo justo cuando un grupo de economistas, amparados por Joan Sardá, estaban ultimando el que luego sería el plan de estabilización de 1959-1960. Es curioso que, en esa conferencia, Rueff, a solo cien días desde el decreto de De Gaulle del 28 de diciembre del 58 de estabilización del franco, ya manifestase su gran alegría por los resultados conseguidos con sus recomendaciones. Lo cual era, una vez más, un contradecir las tesis de los que se oponen a este tipo de medidas por considerar que sus resultados tardan mucho tiempo en verse en la práctica o, simplemente, por ser preconizadas desde una óptica liberal. Hay que señalar, en cualquier caso, que la *Revista Bancaria*, en su número 3, de julio-agosto de 1955, publicó el artículo de 1946 de Rueff en contra de *La Teoría General* de Keynes y en su número 4, de julio-agosto de 1956, incluyó el artículo de Rueff: "Moneda, bienestar y libertad. La moneda y el orden social", primera parte, completada en el número 5, de septiembre-octubre de 1956, con la segunda parte "Una nueva técnica de estabilización monetaria. El presupuesto nacional". También, en noviembre de 1961, la revista *Información Comercial Española* dedicó un número monográfico al tema de: *El monopolio y la ley* y en las referencias a esta cuestión, al hablar de Francia, se glosa el "informe Rueff-Armand". Rueff hizo ese viaje a España que antes he mencionado como asesor, al modo del que había hecho treinta años antes su mentor, Charles Rist, en momentos también cruciales para España, cuando la peseta estaba altamente amenazada (1929) y se devaluaba casi cada día en los mercados frente a la libra y el franco francés. El estudio de Rist lo encargó Joaquín Calvo Sotelo, entonces Ministro de Hacienda. Ver: "El Banco de Francia, el BIS y la creación del servicio de estudios del Banco de España a principios de la década de 1930". Pablo Martín-Aceña. Documentos ocasionales. N° 0602. Banco de España. Madrid. 2006. Rist recomendó modificar la política financiera, abandonando déficits y subvenciones y estabilizar la peseta (con un plan duro de ajuste) para que al cabo de un plazo de transición se entrase dentro del patrón oro. Todo en línea con el famoso plan Poincaré-Rueff-Moreau.

³ La única mención a Rueff en ese libro de White es una cita a pie de página dando reseña de la publicación en E.E. U.U. de la traducción al inglés del libro de Rueff *El pecado monetario de Occidente*.

Todo esto cuando Rueff fue el heredero de la larga tradición liberal francesa iniciada con Turgot y que más tarde pasó a J. B. Say. En la segunda mitad del siglo XIX el testigo lo recogieron Frederic Bastiat y los “finos esgrimistas de la burguesía”, como los calificó Marx.⁴ Luego fueron Colson y Rist, los maestros de Rueff, quienes mantuvieron la llama encendida.

II

APUNTES BIOGRÁFICOS E INTELECTUALES TEMPRANOS

Rueff nació dentro de una familia burguesa con ancestros judíos, esto tendrá importancia para él cuando en la Francia de Vichy se vea cuestionado por esta causa. Su padre era médico y la familia de este procedía de la Alsacia. Su madre fue una mujer de gran sensibilidad y supo imbuir en su hijo un gusto por las artes que este siempre preservará⁵. De joven destacó ya por su inteligencia y capacidad de estudio y por su interés por las cuestiones científicas, cosa que le venía de la preocupación de su padre por orientarle ya desde pequeño en sus lecturas. Para lograrlo, le pedía que reflexionase sobre las mismas en unos cuadernos en donde debía anotar sus conclusiones por materias. Su progenitor le animó más por el estudio de la geometría que por las otras ramas de las llamadas entonces

⁴ Me refiero al grupo liberal conocido en ese tiempo en Francia como “les mousquetaires”, formado, aparte de por Bastiat, por Gilbert-Urbain Guillaumin, gran escritor y panfletista que publicaba el *Journal des Économistes* y por Charles Coquelin, que se distinguió por su lucha por la libertad bancaria y por ser uno de los conferenciantes de más éxito en los salones de aquel París del segundo imperio y que editó el impresionante *Dictionnaire de l'Économie Politique*. Los tres amigos y compañeros de ideas, tuvieron siempre al lado al continuador de su trabajo: Gustave de Molinari (el “cuarto mosquetero”). La muerte prematura de todos ellos, salvo de Molinari, y la dictadura intelectual que supuso el segundo imperio, no impidió que sus ideas fuesen recogidas por Chevalier (el ejecutor, con su colega británico Cobden, del famoso tratado de libre comercio anglo-francés) y luego por los maestros directos de Jacques Rueff: Emile Colson y Charles Rist

⁵ Esto será una característica compartida con Keynes y posiblemente un punto de apoyo adicional para la amistad que ambos se profesaron y que se extendió a la esposa de Keynes, Lydia Lopokova. Una de las últimas publicaciones de Rueff, fue una obra de ballet representada en París a finales de los años sesenta del siglo XX.

“ciencias exactas”, pues entendía que el forjarse una mentalidad de geómetra era fundamental para entender el mundo y la sociedad.

Al terminar el bachillerato se encontró con la primera guerra mundial. Al acabar la misma con la graduación de oficial pasó el examen de ingreso en la escuela politécnica. La estancia en dicha escuela, aparte de hacer de él un *polytechnicien*, le supuso encontrar su vocación como economista. En efecto, en la politécnica no solo se estudiaban ciencias puras, también se cursaban asignaturas complementarias como la economía política, que tenía como profesor a Emile Colson. Rueff era muy escéptico con Colson por considerar su materia como especulativa. Pero, desde las primeras lecciones, vio que las ciencias sociales tenían posibilidades de estudiarse con igual rigor en razonamiento, observación de hechos y obtención de conclusiones, que las naturales. Esto se le confirmó cuando pudo conocer que el valor de los bienes procede de la soberanía del consumidor y la utilidad marginal. El estudio del equilibrio general planteado por Walras fue su siguiente punto de partida y la solución por medio del nivel de precios en cada mercado sería un constante anclaje en su manera de pensar y al que erigió en la salvaguarda de la sociedad abierta que era su ideal. Rueff contemplará a la sociedad como agrupación de personas unidas por unos usos y costumbres que, en continua evolución, generan órdenes espontáneos, tales como la propiedad, el mercado, el derecho o el dinero y en donde los comportamientos de sus miembros son imposibles de predecir, pero sí que resulta posible hacer un estudio de esa sociedad si se observan las regularidades estadísticas que se desarrollan internamente. Sería análogo a lo que ocurre con las moléculas de un gas, las cuales, observadas aisladamente parecen realizar movimientos impredecibles, no sometidos a ley alguna, pero que ante la aparición de unas condiciones externas cambiantes que afectan a todas ellas permite la posibilidad de estudiar qué ocurrirá con ese gas.

III

NACIMIENTO DEL MÉTODO RUEFF DE ESTUDIO DE LOS ÓRDENES SOCIALES

Fue en ese parangón del uso del método científico para el estudio de la realidad socioeconómica, donde Rueff fijó su “discurso del

método". Siguiendo sus propias manifestaciones⁶ me voy a permitir establecer la lista de puntos clave en que el mismo se materializó, pues van a tener gran importancia en la explicación, que inmediatamente veremos, de las "fenómenos" económicos y monetarios que dará Jacques Rueff.

1º) *Reconocer el derecho de propiedad como la base de la regulación no conflictiva de las relaciones entre las personas y que por tanto debe ser inviolable.*

La humanidad encontró por sí misma, en evolución natural, que la forma de evitar la lucha fratricida continua era el que no se desearan los bienes del prójimo. Rueff entroncará así con el pensamiento evolutivo de la sociedad y sus grandes instituciones, luego típico de la tradición austríaca de pensamiento sobre la economía y más en concreto de Hayek⁷.

2º) *El intercambio, el comercio y la negociación entre las partes son la base de esas relaciones. La propiedad supone derechos que uno puede intercambiar.*

Corolario de lo anterior. Esto va a tener mucha importancia en la consideración del dinero por Rueff, en tanto en cuanto el hacer perder valor a la moneda o dar a algo sin valor la consideración de igual derecho de intercambio (dinero fiduciario sin respaldo) será engendrar falsos derechos de propiedad para ese intercambio.

3º) *El entramado de "células" independientes en una sociedad, pero que convergen ante condiciones cambiantes externas, se logra por el conjunto de acciones de ajuste que permiten esas relaciones de intercambio. Por ello, el sistema de precios es la clave de tal ajuste y todo intento de alterar el nivel de precios que libremente se alcance en cada mercado es atacar el primero de estos principios (la propiedad privada).*

Este será su gran caballo de batalla durante toda su vida. Incluso en su consideración por algunos como un "liberal reformista", que tolera o entiende ciertas intervenciones gubernamentales, nunca

⁶ Empleo los datos e informaciones extraídos de su propia autobiografía (Rueff 1976) y del resto de sus publicaciones referidas en la bibliografía.

⁷ Ver a este respecto Martínez Meseguer (2006).

aceptó nada que pudiese, ni de cerca ni de lejos, impedir el libre ajuste de los precios y que ello abocase en la pérdida de valor de la moneda. Siempre recomendó que, de precisarse un apoyo a un grupo social determinado, ello se hiciese por medio del presupuesto, pero sin alterar ese mecanismo de ajuste libre de los precios.

4º) *Lo inmoral es a la moral lo que la geometría de cuatro dimensiones es a la geometría de Euclides: una posible forma de pensar, lícita teóricamente y verdadera en cuanto que sus conclusiones son racionalmente obtenidas, pero humanamente falsa.*

Esta idea de Rueff se encuentra en uno de los cuadernos o diarios que por consejo de su padre llevaba y la escribió allí nada menos que en 1914, justo cuando cumplió los dieciocho años. Por propia confesión no dejó de pensar en ella durante toda la guerra e hizo lo mismo en la escuela politécnica donde, aparte de su encuentro con las ciencias sociales, en medio de unos estudios ampliamente marcados por las matemáticas y la física, reflexionó sobre el papel que las ciencias, de uno u otro signo, jugaban en la explicación el mundo natural y la organización social.

Con esa idea, Rueff, también estaba indicando que en cuestiones económicas y monetarias cabe desarrollar una teoría como la keynesiana, aparentemente racional (desde una perspectiva de razonamiento no euclídeo) pero que la misma es falsa desde un razonamiento en términos de las dimensiones capaces de englobar a la persona humana en una sociedad en continua evolución. Lo mismo podría aplicarse a la teoría marxista y a la economía del socialismo⁸.

Años después, cuando ya Hitler era dueño de Alemania y el fascismo iniciaba su dominio de los países del sur de Europa, cuando las elites intelectuales francesas se adscribían a pensamientos claramente comunistas o estatistas de planificación económica, cuando incluso

⁸ Esta es otra de las facetas de Rueff por las que debería haber merecido algún reconocimiento en la EAE pues, si algo caracterizó el nacimiento de la misma, fue la polémica de la imposibilidad del socialismo. Rueff, sin hacerse eco directo de los planteamientos de Mises y Hayek al respecto, que no desconocía, establece esa imposibilidad de los sistemas colectivistas o planificadores de una manera complementaria a la de esos autores de la EAE, contribuyendo con ello al reconocimiento posterior de su nula posibilidad teórica y práctica.

sus propios excompañeros *polytechniciens* habían fundado un grupo con esos planteamientos denominado X-Crisis⁹, Rueff se plantará reafirmando sus convicciones liberales. En una conferencia, Rueff señaló la “inconsistencia euclidiana” del socialismo en cualquiera de sus versiones o de la intervención del estado en la economía. Valientemente la tituló: *Pourquoi, malgré tout, je reste libéral*¹⁰.

5º) *Relatividad de los dogmas en ciencias puras y en ciencias sociales.*

Con este principio, Rueff quiere poner de manifiesto algo que pocos años después sería ampliamente admitido al probarse la teoría de la relatividad: ciertas condiciones pueden cambiar los paradigmas de base y lo considerado “científicamente” como tal, la física newtoniana, por ejemplo, puede no valer como explicación en los grandes espacios astronómicos. Para Rueff: “los dogmas, o los principios físicos, valen, en tanto en cuanto subsisten las condiciones y los estados de hecho que tienen la misión de explicar”.

Este principio de Rueff puede parecer muy controvertido. En primer lugar, nos lo muestra, contrariamente a lo que pudiera deducirse sobre su anterior fijación sobre los “planteamientos euclidianos”, como capaz de entender que las conclusiones científicas están abiertas, tomando esto de modo parecido a la posterior idea popperiana de la necesidad de poder falsar algo para aceptarlo como temporalmente verdadero y del considerar al futuro

⁹ *L'École polytechnique* de París, fundada en 1794, a la que se conocía como *l'X* école o simplemente como *l'X*, era la gran escuela de enseñanza de la ingeniería en Francia, dedicada fundamentalmente a la formación de profesionales en el campo de las obras públicas y en las labores de este tipo de carácter militar, por lo que, de un modo u otro, ha estado siempre bajo los auspicios directos o compartidos del ministerio de la guerra primero y del de defensa después. Siempre ha tenido unos exámenes de ingreso muy rigurosos y sus enseñanzas se han dividido en dos fases, la primera con un diploma asociado a los dos primeros cursos (luego a tres) de *ingénieur diplômé de l'École polytechnique* y un segundo diploma obtenible al final de otra formación de otros dos o tres años. La denominación, en “términos de complicidad de cuerpo”, de los *polytechniciens* como *X*, por el seudónimo de la escuela, será de gran importancia en la vida de Rueff cuando, en contra de su pensamiento liberal, la mayoría de sus colegas creen un grupo de ideas socializantes y planificadoras, buscando la aplicación de la ingeniería a la sociedad, y que se autodenominarán: *les X-crisis*.

¹⁰ “Por qué, a pesar de todo, sigo siendo liberal”. El texto completo puede seguirse en las obras completas y más en concreto en los anexos de la propia autobiografía de Rueff.

como algo siempre abierto¹¹. Pero también con un gran respeto

¹¹ Rueff no podía conocer entonces estas ideas de Popper pues este publicó su *Logik der Forschung (La lógica del pensamiento científico)* en 1934. En ese libro, Popper plantea el tema de la posibilidad de falsación de una teoría como muestra de su validez científica, frente a las ideas positivistas del “círculo de Viena”. Por otra parte, creo que es interesante el fijarse en esta postura de Rueff pues para muchos fue en realidad un positivista muy en línea con los postulados de dicho “círculo”. Eso parece venir avalado con las posiciones adoptadas por él respecto a la preeminencia del conocimiento científico sobre la pseudociencia y la aplicación del mismo a todas las labores de investigación en cualquier campo, incluidas las ciencias sociales y la economía política en particular. Sabido es que el “círculo” se ocupaba principalmente de la lógica de la ciencia y que consideraba a la filosofía como la materia que daba la posibilidad de separar lo que es ciencia de lo que simplemente es pura metafísica y que, así mismo, se proponía encontrar un lenguaje común para todas las ciencias. Pero, si bien Rueff fue contemporáneo del “grupo de Viena” (este empezó sus labores en 1921 y las terminó en 1936) las ideas fundamentales del mismo son más tardías que la materialización del “discurso del método de Rueff”. Tal vez, podría decirse, y eso como mucho, que en todo caso Rueff estaría más cerca de los planteamientos del científico Poincaré y de la corriente iniciada por Auguste Comte, aunque siempre lejos del carácter dogmático de muchas de las afirmaciones de este. También se le podría considerar como un continuista de esa larga serie de grandes “ingenieros-filósofos” que desde Vauban, Turgot y Condorcet se fueron sucediendo en Francia. Lo que muchos califican de positivismo en Rueff, a mi juicio, no es sino un confundir su postura con varios de los elementos programáticos de los positivistas, pero no con los errores de estos, luego bien marcados por su enterrador Karl R. Popper. Así, Rueff dirá que primero son los hechos (“fenómenos” en su terminología. Palabra utilizada, por cierto, para su primer libro sobre economía monetaria titulada *Teoría de los fenómenos monetarios*), luego, nos dirá, sobre ellos cabe construir una teoría explicativa con sus causas y en su caso, en el campo de las ciencias sociales y estrictamente en economía, puede y debe utilizarse la estadística y el razonamiento matemático con todas las precauciones inherentes. Es verdad que Rueff no dejará de lado a la inducción, pero no la aceptará más allá de lo que puede representar la misma como acicate para preocuparse por saber si existen, realmente, causas que científicamente se correspondan con la serie de efectos observados en esa práctica inductiva. En esto veo una gran diferencia de Rueff con Keynes que, como rasgo de su personalidad, tenía el estar muy bien dotado para grandes intuiciones sobre elementos inductivos de las que se guiaba frecuentemente y que luego, al manifestarlas públicamente, le obligaban a grandes esfuerzos para tratar de cuadrarles una teoría que pudiera aplicárselas o que no les dejase inconsistentes, como le pasó en el *A Treatise of Money* y que le supuso las críticas de Hayek o con *La Teoría General* antes de la reformulación que le hicieron a la misma Hicks, Hansen y Samuelson con la síntesis neoclásica. Rueff, por el contrario, será un observador de la realidad y un constructor de teorías explicativas, que en tanto no fuesen desmentidas por los hechos, para él continuaban siendo válidas. El rasgo diferencial de Keynes y Rueff será en gran parte este. El primero intuía y se lanzaba por esa pendiente, es verdad que acertaba muchas veces, en especial en cuestiones de arte, belleza plástica e inversiones en bolsa, pero en economía política, al carecer de una teoría con fundamento, sobre

hacia la persona humana, reconociéndole su libertad de creer, en su íntimo yo, en un Ser supremo y que esas personas respeten también, a su vez, la libertad de los que cuestionan o relativizan esos dogmas, o que creen que ya no son aplicables, dado el cambio de paradigma que se haya producido.

Rueff nunca dejará de ser consistente con ese condicionamiento infraestructural en lo que se refiere a que las leyes económicas son contingentes ante situaciones históricas, hábitos y costumbres muy enraizadas. También dirá que no es “entre puntos de vista teóricos o soluciones prácticas de unos y otros entre lo que cabe discrepar, sino entre teorías verdaderas y doctrinas falsas desmentidas por los hechos. Teorías casi siempre formuladas, además, de tal manera que esa confrontación con los hechos resulte difícil”.

6º) *Prevalencia del orden en la sociedad.*

Entendiendo ese orden en relación con el equilibrio y conformidad con los deseos de las personas. De ahí su permanente defensa del respeto al ajuste de los niveles de precios libremente logrados por los actores en cada mercado. El orden que Rueff quiere es, precisamente, el de una sociedad libre, donde las personas actúan a su

todo en el entender el papel del capital en la vida económica, debía de cambiar muchas veces de opinión, como le acusaba Churchill; el otro, no despreciaba ese razonamiento inductivo, no hacía ascos a la intuición tampoco, pero mucho más cartesiano buscaba antes las causas de los fenómenos y lo que proponía venía avalado por una teoría firme y, en especial, porque eran medidas o planes de acción que estaban dotados de una gran coherencia lógica entre sí y con esa teoría (que aceptaba en tanto no estuviese desmentida por los hechos como ya he dicho) viniendo siempre las proposiciones que hacía, avaladas, además, con la experiencia de quien había sido antes un práctico en la materia. Posiblemente, para alguien como Hayek, por ejemplo, las afirmaciones del joven Rueff sobre que las matemáticas y la estadística fuesen elementos de soporte de las teorías económicas (Rueff fue junto con Ragnar Frisch uno de los impulsores y fundador de la sociedad econométrica) sería algo que lo situaría en la categoría de “cientista” o tecnócrata de lo económico y no muy asimilable a la ortodoxia de la Escuela Austríaca de economía. Pero Rueff supo siempre matizar ese empleo de las matemáticas y su alto conocimiento de las mismas, en especial de la geometría, le hacían saber los límites de su empleo en el análisis de lo económico. Para Rueff, las estadísticas eran como el baño de sales de plata revelador que nos permite pasar de un negativo a la fotografía positivada. Pero eso, nos dirá, solo da el “saber” y Rueff quería también “comprender”, por lo que a las frías estadísticas entendía que había que dotarlas siempre de una teoría explicativa de los fenómenos monetarios y económicos.

libre albedrío pero que en las relaciones de intercambio se rigen por la propiedad de cada cual, y prefieren la negociación a la violencia o a sufrir la imposición de lo que deben hacer, consumir o disfrutar, impuesta por una autoridad central planificadora. El eslabón que une esas preferencias individuales en una sociedad libre es el mecanismo de los precios y la economía política debe basarse en su estudio para establecer las teorías que le son propias. Como dijo Rueff: “desde que tuve esta constatación siempre fui un liberal”¹².

Todo ese “discurso del método” de Rueff se plasmó en un primer libro de juventud: *Des sciences physiques aux sciences morales*, publicado en 1922, cuando contaba solo veintiséis años. El libro fue un éxito de ventas y se publicó posteriormente, en 1927, en inglés, tanto en Londres como en Estados Unidos.

IV

LOS CUATRO GRANDES TEMAS DE RUEFF. LA FORJA DE UN ECONOMISTA LIBERAL Y DE UN APLICADOR PRÁCTICO DE LAS IDEAS LIBERALES A LA POLÍTICA Y A LA ECONOMÍA

Siendo *polytechnicien* y habiendo descubierto la economía política, Rueff va a optar a uno de los puestos más prestigiosos en la administración pública francesa: *inspecteur de finances*. Para ello tuvo que pasar un examen-oposición realmente difícil.¹³ En esos años escribió sobre

¹² Es importante fijar esa adscripción ya que en el mundo anglosajón la acepción que tiene la palabra “liberal” es asimilable a lo que aquí denominaríamos “socialdemócrata” o simplemente “socialista”. Los biógrafos americanos de Rueff, como es el caso de Christopher S. Chivis, le consideran un *monetary conservative* en vez de decir de él que fue un *monetary libertarian*. Pues nada hay más opuesto a un auténtico liberal que un conservador. Por eso, los “socialistas de todos los partidos” siempre buscan que haya esa identificación entre liberal y conservador o “no progresista” o “de derechas”, como también les gusta denominarlos, para así denigrarlos más y mejor ante la opinión pública.

¹³ Rueff, pasará el concurso oposición en el último puesto de la lista, cosa que luego, su enemigo, inconfeso pero real, Wilfrid Baumgardner siempre comentaría. De este momento data una animadversión entre ambos nunca aclarada. Tendremos ocasión de conocer más adelante a este personaje que había sacado dos años antes que Rueff igual plaza, pero en el primer lugar y con honores. Sus comentarios se hacían en

el tipo de cambio, al que calificó como fenómeno natural y que, situándose en una economía libre y dentro de un patrón oro clásico, demostraba que solo se veía afectado por los niveles de precios en uno u otro país (paridades de poder de compra). Otro de sus trabajos de esta época tuvo que ver con las escaladas de precios. Se tituló *Una teoría de la inflación*, y en él mostraba las estadísticas del fenómeno y luego las causas y la formulación de la teoría. Aplicándola al caso alemán, venía a decir que sin convertibilidad y con déficit público, más emisión irrefrenable de dinero fiduciario, la inflación es inevitable. Toda esa actividad se puede agrupar en cuatro grandes temáticas sobre las que Rueff volverá constantemente y que serán un *leitmotiv* de su vida profesional e intelectual: 1) el tipo de cambio y su formación; 2) la génesis de la inflación, por el endeudamiento sin freno y la actuación no ortodoxa de las autoridades y del Banco Central para influir sobre los tipos de interés; 3) el problema del paro; y 4) la creación del dinero bancario y la reforma del sistema financiero en su conjunto.

1. El tipo de cambio y su formación

Con respecto al tipo de cambio, Rueff entiende que responde a los diferentes niveles de precios entre países. Su fijación varía si el patrón oro rige las mismas o no. La cotización de la moneda de un país, en el interior de otro, viene dada por dos elementos: el poder de compra de la divisa del primer país en el interior de sus fronteras y la disparidad de poder de compra de esa misma divisa en el segundo país. Rueff dirá: “los poderes de compra de ambas divisas vienen influenciadas por el equilibrio de las políticas financieras de cada país: si se emite moneda fiduciaria en demasía en uno, eso afecta a los niveles de precios internos y hace variar la cotización de la divisa en términos de la otra”. Ese mecanismo de ajuste resulta natural y es la base del orden en las relaciones internacionales. Si los gobiernos ignoran este principio deben ser conscientes de las consecuencias que les aguardan...

unos papeles privados donde, una y otra vez, vertía su “bilis” contra Rueff. Ver Feiertag (2006).

Todo esto será luego ampliamente utilizado en las discusiones sobre cómo Alemania debía hacer frente a las reparaciones impuestas por el tratado de Versalles. Rueff dirá que las medidas que los políticos toman para salir de una situación que les parece incómoda, o no defendible patrióticamente, en relación con el tipo de cambio, no serán más que acciones coyunturales y provisionales ya que, al no atacar las causas del quebranto del equilibrio, no sirven de mucho. Será por todo lo dicho que a toda devaluación o ajuste financiero-monetario que preconizó en su vida siempre quiso adjuntarle una reforma del sistema bancario y del modo por el que el Banco de Francia financiaba a las empresas y al propio gobierno. Cosa que, en ninguno de los casos consiguió.

2. La génesis de la inflación

En cuanto a la inflación, Rueff se enfrentó tempranamente a la misma pues era el fenómeno que asolaba Europa en aquellos momentos. La inflación, al no ser reprimida por medios drásticos, como los normales en tiempos de guerra - racionamiento, leyes constrictivas de lo producible, control de precios y del tipo de cambio, etc.- se sitúa rápidamente en términos de crecimiento exponencial (caso de Alemania en 1922-1923). La razón de ello es que sólo puede comprarse lo que se produce dentro del país o se importa. Si se quiere subir el poder de compra de las personas, no cabe darles más dinero creado de la nada. El orden preconizado por Rueff para este tema estaría en que siempre el poder de compra del dinero existente responda a las cantidades que se pueden adquirir. De lo contrario, la inflación será la consecuencia lógica. Es por esto que el estado no puede crear poder de compra emitiendo por algún procedimiento dinero fiduciario, o permitiendo que eso se haga por el sistema bancario sin que haya habido un paralelo incremento de los bienes producidos que darían sustento, en su caso, a esa creación. El estado se apropiaría, al hacer surgir ese falso dinero, del poder de compra de los integrantes de la sociedad y haría que esa inflación suponga una modificación de todas las obligaciones de pago denominadas en esa moneda. Rueff

volverá, una y otra vez, a estos razonamientos y en su madurez llegará a denominarlos “el pecado monetario de occidente”.

La decidida creencia de Rueff en el patrón oro le hizo llegar a la convicción de que el régimen hitleriano pudo sostenerse por haber encontrado un camino trillado y sin obstáculos al haberse eliminado el resorte automático del patrón oro. En este caso, por obra y gracia del comité *Stand & Still* patrocinado por los estadounidenses que, ante la salida de capitales de Alemania, impuso en 1931 el que se cerrasen las fronteras de ese país. Con ello, dijo Rueff, Hitler se encontró sin la obligación de pagar y solo tuvo que ordenar que se gastase sin preocupaciones con base en la emisión de billetes y la concesión de préstamos del Banco Central. Ese comportamiento hubiera llevado a la inflación, y los alemanes, que tan viva tenían esa experiencia, no lo hubiesen permitido. En ese momento, ante el incremento de las importaciones, el mecanismo del patrón oro habría exigido la exportación de dicho metal. La reducción del mismo haría que no se pudiera emitir papel moneda (ni dinero bancario), con lo cual se habría producido el fin del programa nazi de fabricación de armamento y de gasto público desaforado.

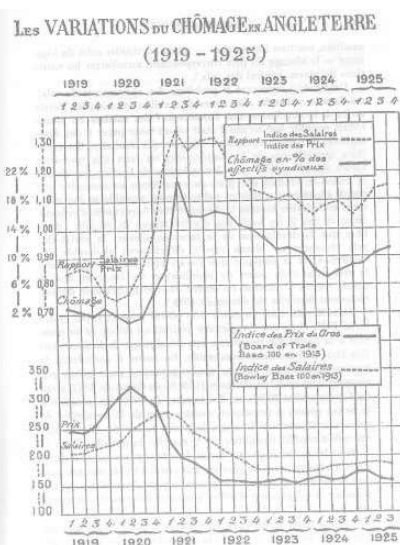
Pero, Hitler, aprovechándose de la imposición americana, puso al estado alemán, directa o indirectamente, por medio de los grandes industriales del país, a fabricar armamento, carreteras y otras infraestructuras. Con ello dio trabajo a todo el ejército de parados, pagándoles con billetes de papel que, curiosamente, se veían obligados a ahorrar, devolviéndoselos a Hitler como depósitos en cartillas de ahorro, ya que no podían gastar esos salarios por el racionamiento, por los impuestos sobre casi todos los bienes y porque, a la vez, se ordenó el cierre de fronteras, la prohibición de huelgas, la autarquía económica, la contingentación de la fabricación de cualquier bien y la penalización sobre cualquiera que actuase en contra de todo lo decretado. A continuación, Hitler, mandó que se exigiese la autorización previa de toda importación o exportación de mercancías, más el establecimiento de los cobros y pagos entre Alemania y el resto de países por *clearing* (pagos y cobros en mercancía física valorados caso por caso, lo cual se hacía de manera tan sistemática por primera vez en la historia). Así, según Rueff, fue como Hitler ocultó la inflación a los alemanes.

3. El problema del paro

El paro era la tercera gran preocupación de Rueff, pues su sensibilidad se veía golpeada por sus efectos devastadores y la ligará con sus causas: las distorsiones de los fenómenos monetarios por la influencia del gobierno al no permitir la libre fijación de precios en el mercado de trabajo. Reconocerá que en esto el juicio moral está siempre presente por la implicación de la persona humana en la relación de contratación y lo que supone el que deba ser vista como una mercancía más. También dirá que el mercado de trabajo tiene todas las características para ser el menos perfecto de todos los mercados. Rueff se enfrentará a estos dilemas armado con su “discurso del método”. Su primera aportación es de 1925 y aparece en un artículo en la *Revue politique et parlementaire* que tuvo continuidad en varias conferencias y debates. La parte práctica en esas comunicaciones la puso la situación del paro en Inglaterra. Recoge en el artículo, en unas gráficas y cuadros, los índices de precios, los datos del índice promedio de salarios y las tasas de paro. Casi sin leer los comentarios se ve claramente una relación entre paro y salarios, que suben o se mantienen, cuando al mismo tiempo el índice de precios claramente flexiona a la baja. Lo cual, habida cuenta de que eso da poder de compra suplementario, debería, en un mercado en orden, implicar una bajada de los salarios nominales. Pero la realidad es que, como los salarios nominales, por la presión sindical y por los efectos de la actuación del gobierno (salarios mínimos, seguro de paro, costes sociales, etc.), seguían rígidos o al alza. Se estaba impidiendo la actuación de una ley económica de respeto a la libertad de fijación de esos precios y su consecuencia no deseada era que con ello las empresas, que debían vender más barato por la bajada de precios, no siempre pueden competir y entonces cierran y, o, despiden trabajadores. Tanto cuanto más fuerte sea la acción gubernamental para tratar de impedir que esos salarios se ajusten, tanto más alto será el nivel de paro, dirá Rueff. Las medidas que entonces toman los gobiernos: cierre de importaciones, protección de la industria nacional, control de cambios, financiación subvencionada, etc., no hacen sino agravar los problemas, llevar a más déficit público, castigar al consumidor (empresas y familias que ahora deben comprar más caro) y tener un mayor deterioro del poder de compra de la moneda.

Está claro que Rueff está pensando en un sistema donde debería regir el patrón oro, que haría claramente de correctivo de esas situaciones obligando al cierre de las empresas incapaces de adaptarse. Es verdad que muchos trabajadores de las mismas acabarían en el paro, el cual debería ser solo temporal pues el sistema abriría nuevas posibilidades, pero ese coste, aun siendo duro, siempre es mejor, por su limitado alcance sectorial y su corta duración, que el que se tiene cuando, imposibles ya todas las medidas paliativas, no queda más remedio que reconocer el error y entonces se debe “frenar”, “ajustar” y “recortar” y ahí sí que hay que echar al paro a cantidades ingentes de personas, tanto en sectores buenos como malos y durante mucho tiempo. Por el contrario, continuará diciendo Rueff, si desde el primer momento de no ajuste, el mecanismo del patrón oro hubiese obligado a reciclarse a los sectores obsoletos o a las empresas caducas, el remedio sería bastante más suave que el de una gran recesión y tendría, además, disciplinados a los políticos en sus tentaciones de gasto público desmesurado.

Trimestre	Salaires (indice du salaire Bowler, base 100 en 1913)	Prix de gros indice des prix 100 en 1913	Rapport indice des salaires indice des prix	Proportion en % du nombre des chômeurs par rapport au total des actifs syndiqués
1919 — 1	207	249	0,83	2,7
2	209	242	0,86	2,2
3	216	258	0,84	1,9
4	221	288	0,77	2,9
1920 — 1	231	309	0,75	1,9
2	250	324	0,77	1,1
3	267	314	0,85	1,7
4	273	384	0,96	5,0
1921 — 1	276	327	1,31	8,5
2	268	301	1,33	20,9
3	244	190	1,28	16,0
4	228	174	1,31	16,0
1922 — 1	215	162	1,33	16,5
2	202	160	1,26	16,4
3	189	157	1,20	14,6
4	178	156	1,14	14,1
1923 — 1	177	158	1,12	13,0
2	177	160	1,10	11,2
3	174	156	1,11	11,3
4	173	161	1,07	10,4
1924 — 1	174	166	1,05	8,5
2	177	164	1,08	7,2
3	179	165	1,08	8,0
4	179	170	1,05	8,8
1925 — 1	181	169	1,07	9,1
2	181	160	1,13	10,6
3	180	157	1,15	11,3



Podemos ver en todo lo dicho una de las grandes diferencias entre Keynes y Rueff. El segundo estaba indicando a Gran Bretaña que el pozo de niveles de paro en el que se había situado venía de

un deseo de irrealidad: haber pretendido ser lo mismo después que antes de la guerra¹⁴. Rueff señaló siempre que esa pretensión era imposible, dadas las realidades económicas y de deuda, más la pérdida de oro y la ingente circulación de dinero fiduciario. Intentar volver a la paridad de preguerra era repetir, insistirá Rueff, lo que hicieron los gobiernos británicos tras las guerras napoleónicas. En aquel momento, volvieron al patrón oro en iguales condiciones que las que tenían en el momento en que el “gran corso” se adueñó del poder el 18 de brumario. Pero entonces, ya lo hicieron a trompicones y siempre contra las advertencias de Ricardo. Sin embargo, la victoria en Waterloo no era la victoria pírrica del armisticio de 1919. El intento de todos los políticos británicos, Keynes incluido, por salvar los muebles era baldío a los ojos de Rueff y criticó que no se quisiese subir el precio del oro, aceptar la devaluación y arreglar el problema atacando las causas verdaderas. El paro ingente en 1930 venía de esos polvos, agravado por la vuelta al patrón oro al tipo de preguerra, que significó deflación y aumento del poder de compra de los salarios, por lo que estos deberían haber bajado, con lo que se conseguiría competir internacionalmente. Pero la resistencia de los sindicatos y la existencia de un seguro de paro muy alto, que actuaba de freno para buscar trabajos a sueldos menores, lo impedían. El remedio keynesiano de quitarse de encima el corsé del oro para tener las manos libres para emitir dinero fiduciario por el sistema bancario y tener posibilidades de un presupuesto público en déficit, era aparentar que se podían resolver los problemas improvisando medidas de ingeniería social como la bajada del poder de compra a manera de placebo por la inflación, cuando estas, en el mejor de los casos, eran curas paliativas con efectos perversos y que, según Keynes, debían ser administradas, además, por personas inteligentes, no sometidas a vaivenes políticos, ni dejadas al lastre de elecciones quinquenales. Reto arrogante, iluso e imposible.

El segundo gran artículo de Rueff sobre el paro es de 1931. En él retomó el anterior de 1925, solo que ahora resultó ser un

¹⁴ Para Jacques Rueff, esto era muy trágico, pues mantener la grandeza imperial era consentir que unos pocos siguiesen con su bienestar y sin pagar por lo que la guerra había supuesto, trasladando a los más débiles el coste de ese ajuste.

artículo muy polémico,¹⁵ pues en ese momento Rueff era el agregado financiero de la embajada de Francia en Londres. En el texto volvía a recalcar que los salarios no bajaban y el paro seguía en Gran Bretaña, entre otras cosas y aparte de por la presión sindical, porque a los parados les resultaba más beneficioso cobrar un subsidio de desempleo (la entonces popular *dole*), innecesaria y demagógicamente alto, que aceptar salarios más bajos, acordes con la posición internacional de Gran Bretaña. Las tesis de Rueff tuvieron eco en el Times e interpelaciones en la cámara de los comunes. En concreto, por entender los diputados en contra, que Rueff, un extranjero, había dado argumentos para decir que los culpables eran los obreros por no querer trabajar por menos salario.

Leyendo este segundo artículo de Jacques Rueff en su totalidad y no tergiversando cifras y argumentos, lo que venía a decir es que en economía hay leyes que no deben contrariarse y la del sistema de precios es una de ellas. Lo cual se aplica también a los salarios por ser estos uno de esos precios. Rueff decía, siguiendo a Frederic Bastiat, que de buenas intenciones está el mundo lleno pero que esas intenciones siempre se aplican viendo solo uno de los lados y nunca se habla, o se quiere plantear, lo que no se ve, es decir: las consecuencias no deseadas de esas decisiones. Si se quieren mitigar los efectos del paro, decía Rueff, la medida de fijar un subsidio de desempleo demasiado alto desincentiva el deseo de trabajar a salarios de mercado. Pero, a cualquier político, continuaba diciendo Rueff, le es posible destinar recursos del presupuesto y, sin violentar los equilibrios naturales de ese mercado, atender con ellos los casos de debilidad social juzgados flagrantes. Rueff era algo ingenuo,

¹⁵ Este nuevo artículo fue polémico por dos razones. Primero por venir de un funcionario oficial francés que era quien manejaba la tesorería en libras del estado francés en la City y, segundo, por estar en contra de la opinión de Keynes, con quien Rueff ya había tenido un enfrentamiento, sobre el tema tratado en el artículo, en una conferencia a dos en Ginebra. El seudónimo no evitó las filtraciones, ya que Rueff pidió, ante la magnitud de la reacción inglesa, a Charles Rist, uno de los economistas con más prestigio en la Europa de entonces, que hiciese una glosa del artículo, pero Rist no tuvo suficiente cuidado al escribir esa glosa y dejó ver que había sido Rueff quien había escrito el texto original.

pues al decir todo lo anterior creía, y defendía, que los presupuestos del estado era algo que debía mantenerse en equilibrio y que los políticos debían respetar el “sacrosanto temor del déficit”. Muy pronto, Keynes, desmotivado con la inoperatividad y lentitud de la política monetaria como única arma (sin el auxilio de ese déficit), por haber sido alterado el funcionamiento natural del patrón oro en la conferencia de Génova de 1922, iba a proponer el gasto público a ultranza y sin miramientos. Rueff diría que el estado, con ese proceder, lo que estaba haciendo en realidad era hacer entrar disimuladamente una falsa moneda en el sistema, entroncando al decir esto con la anatematización lanzada en su tiempo por Nicolás de Oresme, nuestros escolásticos de la escuela de salamanca (Huerta de Soto 2010) y también por Juan de Mariana.

4. La creación del dinero bancario y la reforma del sistema financiero en su conjunto

La cuarta preocupación de Rueff era el déficit público gangrenado y el tratar de influenciar los tipos de interés para que así haya en la economía dinero que corra a buen precio. Esto estará ligado con el punto anterior. Rueff, insistirá en lo que será su argumento: “si un gobierno, soportado democráticamente, decide ayudar a sectores desfavorecidos o coyunturalmente en problemas, debe hacerlo “a plena luz” y a la vista de todos, para que se sepan los costes y las asignaciones de recursos que se hacen y lo que se deja de atender con esa aplicación de medios a un fin concreto.” Esto es, hay que actuar sin trastocar los mecanismos del mercado y la fijación libre de los precios. Así, por ejemplo, si no se quieren poner impuestos y se debe de utilizar la deuda, la colocación de la misma debe hacerse a la vista de todos y en el mercado, en competencia de tipos con los restantes demandadores de fondos. Con ello, los precios en los mercados financieros (las tasas TIR de interés-rentabilidad de los mismos) no se verán alteradas por una imposición al Banco Central o a los bancos privados, de tener que suscribir esos bonos de deuda a precios más bajos o hacer colusivo el que se puedan descontar

esos bonos en dicho Banco Central a tipos favorables, con la consiguiente monetización de los mismos y la inflación posterior.¹⁶

V

EL LIBRO SOBRE LOS FENÓMENOS MONETARIOS Y LA PRIMERA DE LAS REFORMAS MONETARIAS DE RUEFF: LA REFORMA MOREAU-POINCARÉ

En 1925 Rueff publicó un artículo titulado “La economía política ciencia estadística”¹⁷, que luego recogerá como prefacio de su primer libro sobre los fenómenos monetarios que aparecerá en 1927. Rueff lo consideró como un primer tomo de análisis de los fenómenos monetarios. Le asignó el estudio de la estática, de las fuerzas que hacen que por una serie de movimientos se dé que todas esas energías converjan en un punto de equilibrio. El segundo tomo debería consagrarse a la dinámica, es decir, al qué ocurre cuando la interacción de todas esas fuerzas no consigue equilibrarse, pero no pudo entrar en su redacción hasta mucho tiempo después.

En este libro se centró en las características de la circulación del dinero internamente y en los fenómenos de formación del tipo de cambio con el exterior. Rueff va a recoger desde el inicio las ideas de Fisher y así, su primer capítulo está dedicado al análisis de la teoría cuantitativa de la moneda. Introducirá luego, y mucho antes que Keynes, la noción de demanda global que considerará como principal agente y fuerza impulsora del cambio en los niveles de precios y que estos queden como solución de continuidad para el segundo tomo sobre la dinámica de los fenómenos monetarios. Rueff explicará también cómo, por las variaciones en la velocidad de intercambio y de la frecuencia de las transacciones, más que hablar de “stock de dinero” conviene hablar de “flujo de dinero” (fiduciario) el cual

¹⁶ Muchos dirán que fue Friedman quien usó originariamente este razonamiento, pero fue Rueff quien lo utilizó primero.

¹⁷ Será principalmente por este artículo por lo que Rueff será visto como positivista por algunos aunque ya he dejado claro en varias notas anteriores como debe matizarse esa posición de Rueff lo mismo que ocurre con su alineamiento con el tema de la creación de la sociedad econométrica con Ragnar Frish.

es alimentado desde dos fuentes: desde el Banco Central y desde los bancos privados. En el caso del primero por la práctica de políticas de redescuento y desde los segundos por el multiplicador del crédito. Esos flujos pueden aumentar o disminuir, circular a mayor o menor velocidad, responder a las necesidades reales de encaje de las personas y empresas, ser excesivos o lo contrario y, a su vez, que se dé que esas corrientes de flujos de efectivo estén en contacto con el exterior por operaciones de cobro y pago internacionales, ya sean en respuesta a transacciones mercantiles, por realización de inversiones o desinversiones, o por entradas y salidas de fondos de financiación, tanto a corto como a largo plazo.

El libro de Rueff sobre los fenómenos monetarios no fue sino la plasmación teórica del conjunto de reflexiones a que nos hemos referido, pero también de las vivencias obtenidas de las intervenciones profesionales que va a protagonizar desde 1925 hasta la redacción y publicación del mismo. Así, por ejemplo, por una acción de corruptela, en 1925 el gobierno Herriot había hecho colusión con el gobernador y el consejo de *La Banque de France* para excederse en la emisión de dinero (papel y bancario) sobre los límites legales, límites que buscaban mantener una relación fija con el oro (aunque la misma ya estaba muy alejada con respecto a la existente antes de 1914). En esos momentos, justo en abril de 1925, Rueff escribe un artículo en la *Revue politique et parlementaire* titulado: “Las condiciones de la salud financiera” que va a tener una tremenda transcendencia práctica.

La situación entonces del franco era que, desde poco después de declarada la guerra, el “franco germinal” creado por Napoleón no era convertible y era una divisa flotante en el campo internacional. Los sucesivos gobiernos post-armisticio fueron en Francia inflacionistas y la situación se había vuelto insostenible¹⁸. Para combatir todos esos desarreglos se consiguió poner en el Banco de Francia,

¹⁸ Jacques Rueff en respuesta al reproche de un ciudadano alemán que se auto-titulaba “experto en economía” y de adscripción filonazi, el cual se atrevió a decirle que la aportación francesa más sublime y única a la historia monetaria había sido la novela de Emile Zola *L'Argent*; dijo que al contrario había sido el alemán Goethe el que mejor había sabido expresar lo que el sistema monetario imperante supone, dado que en el segundo Fausto pone en boca de Lucifer que este se iba a aplicar a corromper a la humanidad por medio de la expansión del dinero bancario.

como gobernador, a Émile Moreau y como jefe de gobierno y ministro de finanzas, a Raymond Poincaré. Este va a llamar a Rueff y hacerle el encargo de enderezar el sistema.¹⁹ Con ello, Rueff va a conseguir ser el artífice, a pesar de su juventud, del primer ajuste liberal moderno de la economía francesa.

Poincaré había pedido en secreto a Rueff (dados los enemigos políticos que tenía y el a priori existente contra toda medida que procediese de un liberal) un plan de choque y este le dio en respuesta una propuesta de devaluación y una exigencia de ortodoxia presupuestaria. De este modo, se reconocería la diferencia real existente entre la enorme circulación fiduciaria de francos post-bélica y el verdadero nivel del precio del oro. Con ello se estabilizó el franco, como había calculado Rueff, en unos ciento veinticuatro francos por libra, lo que trajo de nuevo capitales a Francia y cierta “eutanasia” para los tenedores de bonos de antes de la guerra. Moreau, apoyado por el estudio de Rueff, compraba divisas y vendía francos sin parar, con tal de que no se pasase de los ciento veinte francos por libra y que se facilitasen las exportaciones y la entrada de capitales.

VI

RUEFF VERSUS KEYNES. EL ENFRENTAMIENTO ENTRE AMBOS EN GINEBRA

Los cuatro grandes argumentos de Rueff serán también los que seguirá en su continuo enfrentamiento con Keynes. Ya hemos visto algo de esto al hablar del tema del paro. Ahora veremos cómo fue su desacuerdo por causa del pago de las reparaciones por Alemania a raíz del tratado de Versalles.

¹⁹ Rueff pudo entrar en contacto con Poincaré por causa de que en el gabinete de este había muchos de sus compañeros de la *inspection des finances*. Estos sabían de su calidad como economista y, más concretamente, de su firme posición en lo que hacía referencia al cómo enfrentarse a los problemas monetarios que acuciaban a Francia. Buena opinión a la que había contribuido mucho su prestigio como profesor universitario, el respaldo que le daban Colson y Rist y la resonancia de los libros y artículos publicados por Rueff, especialmente el dedicado a la salud monetaria.

Keynes decía que los países pueden exportar dentro de unas cantidades y tipo de productos según lo que más o menos siempre han hecho y sus socios de comercio les dejan. El exportar más, o cambiar la composición de esa exportación, era para Keynes bastante difícil, algo así como el “tratar con una masa pastosa” y no con “algo líquido que puede trasladarse o mezclarse con facilidad”. Faltó de una teoría económica de base sólida y siempre buscando una solución intuitiva, pensaba que una obligación de pago tan grande, según él, como la impuesta al gobierno alemán, era excesiva y que no se podrían obtener por este las divisas que para ello se precisaban. Por ello sostenía que las cuantías de las reparaciones se bajasen y que en paralelo se diesen préstamos para facilitar los pagos. Eso fue lo que se hizo con el plan Dawes primero y luego con las rondas Young y la posterior creación del BIS (*Bank of international settlements*).

Rueff dijo que no habría un problema de balanza de pagos. Si el gobierno alemán solicitaba por impuestos el dinero para las reparaciones, el poder de compra de los consumidores alemanes se vería mermado, el menor consumo haría bajar los precios internamente y se abriría entonces la posibilidad de exportar y recibir las divisas correspondientes. Rueff daba la prueba de como Francia había atendido el pago de las reparaciones impuestas por Prusia después de Sedan. Lo hizo con impuestos, que dieron menos consumo interno y bajada de precios, lo que supuso mayores exportaciones. Pero Keynes lo embarullaba todo y trataba de encontrar un camino contemporizador con los avatares políticos alemanes y que permitiera al mismo tiempo que el comercio exterior de Gran Bretaña no se viese perjudicado.

Sabemos que el gobierno alemán, por razones de prestigio y de orden interior, no queriendo reconocer tampoco la afrenta de la derrota, viciado con ideas falsamente patrióticas y con el regusto amargo de un armisticio y un tratado de Versalles que consideraba humillante, buscando, además, como gobierno socialdemócrata que era, atender a una población en gran parte depauperada, pensó equivocadamente que no podía frenar la reconstrucción del país. Lo hizo sin parar mientes en los costes de oportunidad y no quiso pedir una recaudación de impuestos extraordinaria. Buscó el simple no hacer nada o que las reparaciones se pagasen (las pocas

veces que eso se hizo) con préstamos de los propios países a los que debía dar las reparaciones. Todo ello a costa de padecer, primero, la mayor de las hiperinflaciones de la historia (por la monetización a mansalva de la deuda pública y el no parar de las imprentas de billetes), segundo, por utilizar los préstamos recibidos de las rondas Dawes y Young no de forma productiva, sino casi siempre especulativamente o llevando esa financiación a ejecuciones que nunca darían la rentabilidad que hubiese permitido afrontar la devolución de la misma, con sus intereses, así como atender las reparaciones y, tercero y peor, acabar en la esclavitud y el horror de la dictadura nazi impuesta a todo el pueblo alemán.

Con las recomendaciones de Rueff, Poincaré y Moreau pudieron apuntarse la estabilización del franco, pero a nadie se le ocultaba quien había estado detrás de los expedientes y quien había cocinado todo. Por ello, no pudo extrañar a nadie que el eco de la valía de Rueff llegase hasta la Sociedad de las Naciones. Esta se enfrentaba a problemas similares con los estados salidos del tratado de Versalles o con los países que habían sido aliados de los grandes contendientes en su momento. Así fue como Rueff recibió una invitación para incorporarse al comité financiero de la misma por tres años. Durante ese tiempo desarrollará misiones en Grecia, Bulgaria, Viena, Portugal y otros países. En todos ellos va a aplicar las ideas que habían inspirado su reforma en Francia y en las que creía como buen economista liberal: retirada de subvenciones y subsidios, equilibrio presupuestario, dejar el más amplio margen a la libre fijación de los precios, fin de la emisión descontrolada de dinero fiduciario, libertad de empresa y de circulación de capitales, eliminación de las barreras arancelarias, fijación de un tipo de cambio para la divisa de que se tratase acorde con las realidades, etc.

Pero Rueff había llegado allí cinco años después de una conferencia nefasta celebrada en Génova en 1922, auspiciada por ese comité financiero. En ella, los británicos, aprovechándose del aislamiento que invadió a los americanos en la inmediata postguerra y de su falta de voluntad de estar en la Sociedad de las Naciones,

hicieron que esta liga recomendase, para “ahorrar oro”,²⁰ el mantener saldos en divisas en los balances de los bancos centrales. Traducido a lenguaje práctico, este sistema, que ya utilizaba en cierta manera Inglaterra con sus colonias y que fue bautizado como *Gold Exchange Standard*, suponía que para emitir dinero interior de tipo fiduciario no era necesaria la entrada de una determinada cantidad de oro, ni que tampoco, cuando hubiera que cobrar un saldo favorable entre exportaciones e importaciones, se tuviese que pedir oro a cambio. Bastaría con apuntar en cuenta las divisas fiduciarias correspondientes (entiéndase en su mayoría dólares o libras esterlinas que se suponían cambiabiles por oro).

Además, esas divisas, que en teoría se debían recibir en pago, se acordaba que, por cortesía o por obligación diplomática, tampoco debían repatriarse, sino que inmediatamente realizado de manera formal el apunte contable del teórico cobro, las mismas se colocarían en el sistema financiero del país deudor (aunque en general se convertían en las dos divisas de base, que permitían el teórico cambio a oro, y se situaban en la City o en los bancos de Nueva York). A este sistema se opondrá desde siempre Jacques Rueff, primero en su versión de entre guerras y luego cuando se convierta en otro igual, sólo que cambiando la palabra *gold* por la palabra *dollar*, en Breton Woods.

Justo cuando ya casi estaba a punto de terminarse su contrato, en junio de 1929, será invitado a dar unas conferencias en la

²⁰ A esta conferencia asistió Keynes como corresponsal del *Manchester Guardian*. Jacques Rueff también la siguió de cerca y de ella ambos sacaron conclusiones negativas sobre la misma, aunque de diferente signo. En esos momentos, aún podemos ver a Keynes en sus artículos con cierta querencia por un patrón oro digno de ese nombre, pero que ya empezaba a darse cuenta también de que los gobiernos salidos del conflicto no querían asumir, en costes electorales y sociales, la deflación consiguiente de volver a adoptar un patrón oro auténtico. Rueff, por el contrario, estaba expectante y confiado en que el sentido de razón y medida se implantase y que se reconociese un precio mayor para el oro, con la devaluación consiguiente de las divisas, y que lo contrario no beneficiase a Gran Bretaña en exclusiva. Curiosamente, se vería en la obligación de implantar, algo más tarde, como funcionario adscrito a la Sociedad de las Naciones, las decisiones de una conferencia con las que no estaba de acuerdo y luego ser el gestor y defensor en la propia Inglaterra, como directivo del tesoro galo, de la cartera de divisas en libras conseguidas por Francia con el sistema salido, precisamente, de la conferencia de Génova y a renglón seguido de la “devaluación Poincaré” que él mismo había auspiciado.

universidad de Ginebra. Serían unas exposiciones previas a las conferencias que daría otro destacado conferenciante: John Maynard Keynes. Rueff estaba de plena actualidad, pues su estancia en Ginebra como miembro del secretariado del comité financiero de la Sociedad de las Naciones no había pasado inadvertida. Pero, además, resultaba que solo unos meses antes Rueff había publicado un artículo en la revista *L'information* titulado: "Un erreur économique: l'organisation des transferts", que había recibido críticas muy directas en la *Revue politique et parlementaire* por parte de varios colegas *polytechniciens* de Rueff y que este había respondido, con contundencia también, en el ejemplar de dicha revista de marzo de 1929.

En ese momento Keynes entró en la polémica ya que le afectaba directamente pues venía sosteniendo, desde *Las consecuencias económicas de la paz* y en todos sus artículos posteriores, así como en el *Tratado sobre la reforma monetaria*, una postura radicalmente diferente y no quería dejar ese frente abierto, máxime cuando supo que el que había escrito en contra de sus planteamientos, aunque sin citarle, era alguien a quien en Francia, y muy en concreto en Ginebra, dentro de la Sociedad de las Naciones, se le tenía muy en cuenta. Por ello, escribió en ese mismo mes de marzo un artículo muy duro en la revista que el mismo editaba, el *Economic Journal*, en contra de las tesis de Rueff, sin citarle tampoco. Los dos van a llegar con las espadas en alto a la sede de las conferencias el 25 de junio de 1929. Uno, Keynes, en sus cuarenta y seis años y otro, Rueff, en los treinta y tres.

Digamos unas palabras sobre la cuestión que les enfrentaba y en la que el telón de fondo estaba en lo ocurrido en Alemania a raíz de la capitulación. Una crónica de desastres que mereció ser considerada como la mayor equivocación de los economistas y políticos alemanes pues dio origen a la hiperinflación de 1922-1923. Esta logró dominarse por la creación del retenmark y la aplicación del plan Dawes. Este venía a ser en cierto modo la venganza de Keynes ya que el mismo hecho que hubiese tenido que plantearse era una manera de darle (tardíamente) la razón, pues él ya había dejado claro, en sus trabajos antes de su renuncia en Versalles y luego en su famoso libro sobre las consecuencias de la paz que Alemania "ni querría ni podría pagar lo que se le solicitaba".

Los acontecimientos probaron suficientemente el comportamiento de Alemania en ese sentido, no estrictamente que el libro de Keynes estuviera en lo cierto, como había señalado Étienne Mantoux y ello independientemente de la buena o mala voluntad de los alemanes para efectuar los pagos y de lo enérgico que los aliados fueron en reclamar las mismas. Pero el plan Dawes respondía también a las ideas de Keynes ya que venía a reconocer sus tesis de que no se podían poner más reparaciones que las que “normalmente se pudieran pagar por obtención de oro y divisas como resultado de las operaciones de comercio exterior de Alemania”. Esto estaba ya esbozado en su libro sobre el tratado donde decía que era imposible para Alemania el atender el pago de unas reparaciones más allá de unas cifras dadas (las suyas, por supuesto) por esa misma razón.

Para Keynes estaba claro que una Alemania devastada (según sus apreciaciones) no podía hacer honor a sus compromisos, salvo en una medida reducida²¹, por lo que entendía que se necesitaba tiempo para acometer esas demandas de pago de las reparaciones. Estas, en cualquier caso, no podían ser tan elevadas que hicieran imposible el hacerles frente y se precisaban préstamos de inmediato para sanear la economía, reconvertirla, atender pagos de funcionarios y dar subvenciones para echar a andar el sistema productivo. Esa fue su tesis en *Las consecuencias económicas de la paz* y en otros artículos posteriores y esas ideas fueron las que recogió el plan Dawes y a las que el gobierno alemán se adhirió.

Para ver cómo se comportaba aquel oponente que tenía delante ambos ya subidos al estrado en la sala de la Universidad de Ginebra y desde el que debían debatir ante todo el público reunido allí,

²¹ Los datos en que se basaba Keynes fueron muy criticados por Étienne Mantoux. En especial hay que indicar que la industria alemana no sufrió destrucción significativa alguna durante la guerra, al revés que Bélgica y Francia, y que solo la ocupación del oeste del Rin suponía una mediatización de su poder industrial. Es verdad que, después, la hiperinflación había dejado en la ruina a sus clases medias, pero eso no invalidaba la postura de Rueff, contraria a la de Keynes, sino que dicha hiperinflación había sido causada, precisamente, por haber hecho en política económica y monetaria lo contrario de lo ortodoxo, según había indicado Rueff.

siendo fiel al estilo que recordaba Hayek²², le lanzó a Rueff esa frase de “la pastosidad” nada más abrirse la discusión.

Pero Rueff, a diferencia de Keynes, tenía siempre presente una teoría explicativa de los fenómenos económicos, lo que le hacía interpretar la historia de manera diferente a Keynes, quien se quedaba frecuentemente en cuestiones aparentemente verdaderas pero a falta de considerar otras cuestiones, tal vez no tan evidentes, pero de consecuencias muy importantes. Le hubiera bastado a Keynes haber leído el escrito de Rueff “Un erreur économique: l’organisation des transfers” para saber que iba a recibir una respuesta contundente. Digo que no lo esperaba, pero debería haberlo supuesto, ya que, como editor, debería haber leído, obligada y previamente, el artículo que se iba a publicar, precisamente en el número de junio, en el *Economic journal* cuyo autor era el economista sueco Bertil Ohlin, el cual sostenía unas tesis que eran prácticamente las mismas del economista francés. Oigamos a Rueff respondiendo a Keynes: “Excusez-moi, mais, vous trompez Monsieur Keynes”. Y a continuación, Rueff, le fue diciendo sus tesis conocidas²³: “Si respetamos que en un país se den las condiciones de no intervención del gobierno en la economía para no crear inflación, esto es, si no hay creación de dinero *ad hoc* por las autoridades o por el Banco Central, fuera de las marcadas por un respeto al patrón oro clásico (¡ojo! no a un “patrón cambio oro” como el surgido de la conferencia de Génova de 1922), todo gobierno puede conseguir de sus ciudadanos una limitación de su poder de compra vía impuestos extraordinarios, lo cual hará bajar los precios en

²² Era algo consustancial a su manera de ser. Tal y como relata Hayek en su conversación autobiográfica (2010). Allí dice Hayek que cuando Keynes conocía a una persona, primero la ponía a prueba intelectualmente, bien con preguntas o haciéndole enfrentarse a una paradoja. Las respuestas inteligentes o no que recibía, suponían el que esa persona fuese considerada digna de seguir en contacto con él o de ser clasificada entre el común de los mortales. Esa actitud de entendimiento, cuando se daba, significaba que, independientemente de la oposición de ideas, la persona así clasificada era alguien a quien Keynes tendría entre los que cabía relacionarse con él en otra dimensión.

²³ Rueff relata esa conversación de un modo no tan literario. Me he permitido reconstruir la misma bajo ese formato para dar mayor énfasis al razonamiento. Los detalles de Keynes paseándose a lo largo del escenario con la mano en el mentón y pronunciando frecuentes “Huummm” y “Pschhhh” son los que Rueff indica.

el interior y, consiguientemente, hacer que surja una corriente de signo contrario por las compras de los extranjeros dentro del país, con lo que el excedente no vendido “intra fronteras” pasará a la exportación y el estado alemán, en nuestro caso, recibirá, en pago de esas exportaciones, las divisas para atender las reparaciones. Hay que ir del impuesto a las divisas y no al revés, como usted piensa, Mr. Keynes.”

El debate prosiguió en similares términos, volviendo a repetir Keynes sus argumentos sobre “la pastosidad” de las economías nacionales y Rueff respondiendo con una habilidad que Keynes no esperaba. Este, dijo Rueff, empezó a dar grandes paseos a lo largo del escenario, emitiendo sonidos guturales de duda o extrañeza, poniéndose la mano en el mentón y diciendo al final: “¡Hmmm...! Creo que debo pensar más profundamente en eso que usted argumenta, Monsieur Rueff.”

Keynes era británico hasta la médula y en un acto de magnífico *fair play*, de regreso a Cambridge le envió a Rueff una carta ofreciéndole que publicase esos argumentos suyos en el *Economic Journal*. El encuentro en Ginebra no dejó de ser también el inicio de una amistad a la que Rueff correspondió. Keynes había ido a Ginebra con su esposa, Lydia Lopokova²⁴, y la amistad se extendió a ambos, por lo que cuando Rueff fue destinado a Londres se visitaron en numerosas ocasiones.

En Ginebra y de ahí en adelante, estarían enfrentadas de modo personalizado en sus protagonistas, dos diferentes configuraciones de la sociedad y las respuestas a dar ante los fenómenos monetarios y económicos. Por un lado, la keynesiana, que es bien conocida: no cabe volver al patrón oro, no se puede pasar por una deflación, los salarios nominales son rígidos a la baja, merece la pena un cierto coqueteo con una inflación moderada para llevar los salarios a donde deben estar, hace falta un dinero fiduciario capaz de ser creado por ley en la cuantía que se precise para lograr ese fin, etc.

Con respecto a Alemania, Keynes seguía con lo dicho y argumentaba en términos parecidos. En definitiva, Keynes deseaba

²⁴ Tal y como lo menciona Skidelski (2015).

una moneda y una economía dirigida y planificada y no confiaba en el *laissez faire*.

Rueff, por el contrario, creía en, y pugnaba por, una sociedad abierta, donde el reino del derecho y el respeto a la propiedad privada y al libre juego del mecanismo de los precios fuesen la norma y siempre con un presupuesto público equilibrado que no diese lugar a la inflación. Por ello, no entendía que se aceptasen subterfugios como el del *Gold Exchange Standard* que era una máquina inflacionaria de consecuencias nefastas a ese respecto. Sosteniendo un modelo de ciclo similar al de la Escuela Austríaca de economía creía que “en todos los casos históricos semejantes hemos visto a las economías adaptarse con una extraordinaria flexibilidad y hasta rapidez, a las influencias a las cuales está sometida cualquiera sea o hubiese sido su origen. La economía es fluida y se adapta”. (Lógicamente, si el gobierno no interviniera, no usara el presupuesto en déficit, se respetaran los mandatos del patrón oro, etc.)²⁵.

Para Rueff no había “resistencias” ni “pastosidades”, salvo las que se derivan de un gobierno intervencionista, que usa el dinero de los ciudadanos para fines que no le competen y que en gran parte no ha recaudado con impuestos previos y que solo accede a pagar las reparaciones si previamente se le han suministrado prestamos con los que hacerlo, o con los que planificar esa economía para hacer obras y trabajos que luego será raro que den posibilidades de generación de excedentes con los que poder seguir pagando. Pero como el gobierno alemán (y para Rueff cualquier gobierno) no podía tener información suficiente sobre dónde

²⁵ Esa era además la experiencia práctica de Rueff, pues su actuación con Poincaré recomendando esas políticas, cambió el signo de la economía francesa en muy pocos meses. Lo mismo ocurrirá con las medidas que le recomendará más tarde a Paul Reynaud, en 1938, que en igual corto número de semanas consiguió que Francia tuviese un amago de orden que, al menos, le supuso aguantar el primer embate hitleriano. Luego, en 1958, con De Gaulle, fue sintomático que el general, temblando, dado que todos sus ministros estaban en contra de las medidas propugnadas por Rueff, le preguntase en una entrevista nocturna, justo antes de firmar el decreto: “¿Está usted seguro, Monsieur Rueff, de que tendremos resultados?” Rueff pudo decirle: “Antes de que acabe el invierno y llegue la primavera verá usted que no nos hemos equivocado”. Ver Rueff (1977) y De Gaulle (1999).

invertir o gastar, y estaba faltar, por definición, de un medio de cálculo económico, la consecuencia natural fue que despilfarró y que utilizó esa financiación para fines políticos partidistas o de rearmamento y que incurriera en gastos ostentosos o totalmente fuera de lugar.

Rueff estuvo siempre desde Ginebra en contra del pensamiento de Keynes²⁶, pues lo propugnado por este fue entonces, y continuó siendo, solo un buscar apaciguar lo existente, intentar trasladar a los americanos el pago y tratar así de ganar algo de plazo para que Gran Bretaña tuviese tiempo de reaccionar y volver a lo que había sido. Pero eso suponía el llegar a un completo dirigismo de la economía e ir hacia estados omnipresentes y socializantes, incapaces de lograr nada si no era cada vez con mayor intervención e imponiendo controles sobre controles y regulaciones de todo tipo a los ciudadanos. La deriva posterior de Alemania con Hitler le dará plenamente la razón en esto a Jacques Rueff.

VII

RUEFF EN LONDRES. AMISTAD CON KEYNES Y CONTINUA OPOSICIÓN RADICAL A SUS IDEAS.

Poincaré, que tenía en gran estima a Rueff, sabiendo que la etapa ginebrina de este tocaba ya a su fin y teniendo que afrontar una cartera de divisas en libras y dólares muy elevada, decide sustraer al Banco de Francia esa prerrogativa y nombrar a dos administradores de dicha tesorería en las dos ciudades de base de ambas

²⁶ Los rasgos de personalidad e intereses intelectuales serán claves en el modo como ambos llegaron a descubrir la economía y a adoptarla como profesión. En el caso de Keynes será desde la perspectiva de los razonamientos sobre las materias clásicas, en los que el estudio de la ética de Moore tendrá gran influencia, así como la educación de clase recibida (Eton, el King's College, etc.). Ello le llevará siempre a pensar que alguien formado en esa "clave intelectual" debía ponerse al servicio del país y de su sociedad. En Rueff, por el contrario, será el descubrimiento de unos órdenes evolutivos, similares a los operados en la evolución de las especies y el entender, en un primer momento, que la sociedad podía mantener reacciones de oposición y de equilibrio en sus miembros, como las moléculas de un gas, lo que le llevará a su apasionamiento por la economía.

divisas. Precisamente esas divisas habían llegado en tal cantidad a Francia por las bondades de la reforma que Rueff había propugnado y que el plan Dawes había reforzado al atraer hacia Europa más y más capitales americanos.

Rueff llegará a Londres en mayo de 1930, en un momento álgido para la economía mundial pues el Crack del 29 estaba llegando a Europa y Gran Bretaña no sabía cómo contender con la deflación que le ocasionaba estar en el patrón oro. Vivirá en Londres, y en primera persona, el desastre del paro, los debates de las reparaciones no resueltas con el plan Dawes y que llevarán a la ronda Young y luego al corralito del marco, que fue la antesala del fin del patrón oro en Gran Bretaña y de la llegada de Hitler al poder.

Tampoco sacó Keynes, en esos años en que ambos coincidieron en Londres, conclusiones correctas de sus debates con Jacques Rueff. El economista francés le mostraba cuales eran las causas reales del paro en Gran Bretaña: intervención gubernamental y sindical para evitar la bajada de salarios más subsidio de paro fuera de toda proporción. Amén de que el país se hubiese refugiado en el conservar prestigio y ascendencia en una total muestra de falta de sentido de la realidad al patrocinar el *Gold Exchange Standard* hacia el exterior, adoptando una paridad para la divisa fuera de toda lógica e interviniendo en el mercado de tasas de interés con la práctica de las operaciones de mercado abierto.

Para Rueff, si se dejaba que el orden se instaurase, para lo cual era necesario que se respetase el patrón oro y se facilitase sin intervenciones estatales que los precios encontrasen su propio equilibrio en el campo de acción de cada uno, los negocios caducos y casi seguro muchas de las casas de la City es verdad que desaparecerían, pero eso haría que los empresarios innovadores buscasen y encontrasen nuevas fuentes de obtención de rentabilidad en campos inéditos y que al final los obreros en paro lograsen nuevos empleos en ellos.

Keynes le respondía que eso llevaría mucho tiempo. Rueff le contraargumentaba con sus experiencias de los rápidos cambios conseguidos por él en la reforma Poincaré y los resultados, así mismos rápidos, de las reformas que había patrocinado para muchos países en sus misiones de trabajo auspiciadas por la Sociedad de las Naciones

de Ginebra. Pero Keynes no quiso oír, ni adoptar, algo que no había salido de su pluma. Parecía que su gran ego²⁷ se lo impidiese.

Además, lo que Rueff le proponía era a sus ojos un *laissez faire - laissez passer* y esto tenía para él dos inconvenientes: por una parte, aceptar que lo que él llamaba “conservadurismo” tenía vigencia (pues no veía la *libertarian dimension* de esa concepción de Rueff y en cualquier caso la creía *démodée*) y, por otra, que darle la razón a su amigo francés era reconocer que tanto las clases rentistas, vilipendiadas por él tantas veces, como los negociantes y los empresarios ávidos de beneficios y rentabilidades estaban en lo cierto y que no había lugar en la economía a intervenciones de personas de élite, profesionales de elevada calificación, no mezclados, ni manchados, con esos vicios²⁸.

²⁷ Ver Skidelski (2015).

²⁸ En la biografía escrita por Skidelski estos rasgos del desprecio de Keynes por las personas que se dedicaban a los negocios están siempre muy presentes. Tanto en las etapas iniciales de su actividad como en las postreras y casi cercanas a su muerte, como fue el caso cuando estaba en los comités encargados de negociar con los americanos las conclusiones y modificaciones que deberían establecerse para sustituir al sistema del préstamo y arriendo cuando la Alemania nazi se rindiese. Keynes quería que los Estados Unidos condonasen, sin más, las deudas de guerra. Al igual que lo había pretendido, entonces desde fuera, con sus artículos en el *Manchester Guardian*, cuando acabó la primera guerra mundial. Pero ahora estaba dentro de las negociaciones y en el engranaje del tesoro británico. Por ello, cada vez que los americanos decían que Gran Bretaña debía afrontar sus propios retos y ver la deuda en un contexto de devolución como el de cualquier empresa privada, a Keynes se lo llevaban los demonios, pues eso significaba renunciar a un país con privilegios, que debía conservar sus tradiciones, su imperio y su ascendencia. Nunca quiso someter a las reglas de la racionalidad económica la situación real de la economía británica (como le recomendaba Rueff), debilitada por dos guerras mundiales y por un sostenimiento de magnificencias imposibles de compatibilizar con esa delicada situación. Keynes colocaba sus ahorros y el de sus amigos, en bolsa, lo cual era una total contradicción con ese desprecio y la pretensión anterior, pero para él esa postura estaba justificada, pues eso no era *business* sino “aprovecharse” de una situación de apuestas, a las que, por cierto, era muy aficionado. A sus ojos, el realizar una imposición en bolsa era también un juego con gran campo para el azar, sólo que, a una persona, con una mente privilegiada como la suya, le era accesible el intuir bastantes de los comportamientos que tendrían los demás jugadores en esa especie de lotería. Como vemos, mostraba lo que Hayek denominó “fatal arrogancia” y una total tergiversación de lo que es invertir y aportar capital, más desconocimiento, y total desprecio, de la labor y del importante papel del empresario en la economía.

VIII
LA REFORMA MONETARIA DE RUEFF EN 1938 CON PAUL
REYNAUD.

El fin del patrón oro, decretado en el Reino Unido en 1931 y luego en Estados Unidos, bajo la primera decisión de Roosevelt, cogió a Francia en una pinza y los gobiernos de la III República, que se sucedían en cuestión de meses cuando no de semanas o días, se metieron en una trampa chauvinista por evitar la devaluación del franco y por mantener una posición numantina de defensa, sin esperanza, del patrón oro para Francia. Esto, cuando Hitler se había convertido ya en canciller de Alemania y había decretado que el tratado de Versalles y las reparaciones eran letra muerta.

Rueff ya había advertido, con ocasión de la reforma Poincaré, que “si en Francia no se hacían los deberes en la vertiente del crédito y del déficit público, la situación acabaría por volverse en contra”. Ahora, la devaluación de la libra, consiguiente a su salida del patrón oro, hacia a los precios franceses incapaces de competir con los ingleses y, además, no cesaban de ponerse en marcha políticas proteccionistas en todos los países en respuesta a las decisiones a ese respecto tomadas por Estados Unidos, lo que agravaba las tensiones. Rueff, vuelto a París, va a ser adscrito a la dirección del movimiento de fondos del tesoro francés²⁹ y desde ese puesto asistirá, desde 1934 y con notable angustia, a los imposibles esfuerzos de los sucesivos gobiernos franceses por querer ser competitivos en el exterior y a la vez mantener un franco sobrevalorado con

²⁹ Puesto que va a compartir con Wilfrid Baumgartner. A Rueff se le asignaran los movimientos en divisas del tesoro y a Baumgartner los movimientos en francos. Esta separación no le hizo ninguna gracia a este enemigo no declarado de Rueff, pues aspiraba a ser el único decisor sobre ambas cosas y porque, como ya he dicho, desde la escuela politécnica, pero especialmente desde la graduación, nunca entendió que Rueff, el último de la lista en su examen de admisión en la escuela, hubiese llegado tan arriba, se codease con ministros, fuera brillante y distinguido, mientras él, el primero de la lista aún no tenía un puesto de mediana importancia. Además, consideraba a Rueff un “niñato bonito”, cuando él era todo lo contrario: serio, devoto de sus superiores, funcionario de pro... Desde esa época profesará a Rueff una antipatía personal extrema, que será también profesional cuando, más tarde, defienda políticas inflacionistas desde el puesto de Gobernador del Banco de Francia.

déficit público y medidas proteccionistas, amén de intentar respetar un patrón oro que en el exterior nadie defendía. Especialmente duro fue tener que verse involucrado, como responsable del control de fondos, en el gobierno Laval, que había ido a tal extremo en esa dirección autárquica y numantina, que incluso defendió la paridad a base de decretos logrando una de las mayores deflaciones de la historia francesa.

Las elecciones de 1936, como no podía ser de otra manera ante el descontento de la ciudadanía y la pujanza de los partidos radical, socialista y comunista, las ganó el frente popular y las disposiciones para que los obreros tuviesen jornada semanal de cuarenta horas, vacaciones pagadas y otras posibilidades, hicieron que la crisis de producción fuese muy aguda por el cierre de empresas y los grandes costes repentinos que esas disposiciones supusieron, aparte del nefasto influjo del contexto proteccionista. Todo cuando, al tiempo, se vio que no había más remedio que iniciar un gran gasto en armamento, de modo imprescindible y urgente, ante la belicosidad de Hitler.

El único político que en esos momentos parecía tener conciencia clara de la realidad era Paul Reynaud, quien, aun estando desde el inicio en el soporte del frente popular y luego entre los miembros del gobierno, no paraba de mostrar que las medidas sociales tomadas por dicho frente popular, sin entrar a valorarlas, eran cuando menos totalmente inoportunas y un imposible económico, máxime si se querían mantener las mismas sin hacer una reforma monetaria a fondo y sin reconocer la realidad del franco, de la economía francesa y de la situación internacional.

En el año 1938, en otro de aquellos continuos momentos de crisis gubernativas, el presidente del consejo, Daladier, que había sustituido a León Blum, le ofrece a Reynaud permutar su puesto de ministro de justicia por el ministerio de finanzas. Reynaud accede con la condición de tener carta blanca para reorganizar la economía. Es el momento de Jacques Rueff de nuevo. Reynaud tenía en sus manos un escrito suyo donde le ofrecía un diagnóstico muy acertado (con el que estaba de acuerdo en líneas generales) y unas propuestas que parecían plausibles, aunque eran muy valientes, por lo que suponían de acciones a tomar muy en contra de la mayoría de las promesas del frente popular, unas

ya legisladas y otras pendientes. Es por ello que el encargo que recibe Rueff es el de constituir un comité en la sombra para no despertar sospechas.³⁰

Jacques Rueff va a emplearse en el encargo de Reynaud con su "discurso del método" y sus tesis conocidas y tantas veces puestas a prueba. Lo hará también con la solvencia que le daba el éxito que las mismas habían tenido anteriormente, con Poincaré, con los sucesivos gobiernos asesorados como miembro del secretariado de la Sociedad de las Naciones, etc. Es importante recalcar esto pues en esos momentos el componente ideológico frente-populista lo dominaba todo. Rueff ya había señalado en multitud de ocasiones (pues el tema del paro le era muy querido personalmente como he señalado) que el modo de salir de esa miseria era el de ganar en productividad mediante la introducción de más capital, de tal modo que ello hiciese menos necesarias jornadas de trabajo larguísimas y el emplear mano de obra poco cualificada sin casi aporte de valor añadido ni posibilidad de incrementarlo en un futuro. Rueff sabía, y había repetidamente dejado escrito, que la inversión, para que se acometa, precisa de empresarios que tengan ideas y vean posibilidades de rentabilidad y de personas físicas y jurídicas que con ahorro previo y a la vista y juicio sobre esa rentabilidad, lo canalicen hacia esos empresarios. Claro que Rueff era consciente que el ahorro interior puede no ser suficiente, o ser renuente al inicio, pero siempre dijo que puede completarse con el llegado del exterior, si se atiende a que no se dé una desvalorización de la divisa nacional, se controla el déficit público, se respeta la propiedad privada y si se acepta el patrón oro con todas sus consecuencias, en especial la no creación desde la nada de dinero fiduciario por el sistema crediticio. Fijar por decreto cantidad de mejoras sociales, sin contrapartidas racionales económicamente, como las pretendidas en aquellos momentos por el frente popular, de nada servía, decía Rueff, ya que la inflación, el déficit público y el desastre de la divisa, hacen que se tenga que volver

³⁰ A Rueff siempre se le pedirá coordinar o presidir comités de reforma monetaria que deberán hacer su trabajo de modo oculto, sin que medie ningún decreto ni orden ministerial que los cree. Por ello, debió actuar siempre en la sombra.

a una situación más trágica que la de partida y, sobre todo, altamente frustrante para todos los que, demagógicamente, han sido engañados con solo lo que se ve.

Gérard Minart, el biógrafo más destacado de Rueff (Minard 2016), dirá que de todas las reformas monetarias en clave liberal impulsadas por este, la que llevó a cabo con Paul Reynaud fue la más trabajada y la que puede considerarse más difícil. Es verdad que la que hizo con De Gaulle tuvo para Rueff mayor resonancia y fama, pero estudiando lo que hizo en 1938 y especialmente en el contexto adverso en que lo realizó, solo cabe calificar a su reforma, dice Minard, como un fruto de “lucidez, voluntad, rapidez y confianza en el éxito”.

La lucidez quedó puesta de manifiesto en los diagnósticos claros, concisos y concretos que había enviado casi mensualmente a todos los ministros de finanzas. La voluntad se demostró en el empeño puesto por Rueff en convencer de que esa era la política adecuada a tomar. Para ello aducía su famoso slogan: “sed comunistas, sed socialistas, sed lo que queráis, pero no tontos en lo económico y tampoco mentirosos, ni con vosotros mismos ni con los ciudadanos”. La rapidez se consiguió porque, basado en sus conocimientos del sistema económico, en lo estudiado que tenía los resortes del estado y lo mucho que había meditado sobre las medidas a recomendar, en pocos días sometió a Paul Reynaud el plan. La confianza le vino porque la convicción del éxito era proverbial en Rueff, avalada, además, por sus creencias liberales y porque estaba seguro que el orden (tal como hay que entenderlo cuando a esta palabra se refiere Jacques Rueff) solo podía traer beneficios.

Al poco, Reynaud volverá a darle a Rueff un nuevo encargo, esta vez doloroso para un liberal como él, pues le da el puesto de Subgobernador del Banco de Francia, pero con la misión añadida (nuevamente secreta) de preparar todo lo necesario para establecer el control de precios y del tipo de cambio que la guerra inminente haría imprescindible. Ante las renuencias de Rueff y el contrasentido personal que ello le representaba, Reynaud le dijo que solo a alguien como él, opuesto por principio al sistema dirigista, podía confiarle esa tarea en la plena convicción de que nunca iría más allá de lo necesario.

IX
RUEFF EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL. LA
ESCRITURA DE SU OBRA CUMBRE: *L'ORDRE SOCIAL*.
ACTIVIDADES DE POSTGUERRA

La guerra va a tomar a Rueff en su torbellino y la derrota le hará seguir al gobierno francés y a una parte de la dirección del Banco de Francia en su retirada. El armisticio y la creación del Gobierno Pétain lo van a llevar a la negrura, no sin antes pasar por un difícil periodo personal pues su ascendencia judía le hará estar en el ojo de mira de la policía política del régimen de Vichy. Es depurado, pero consigue acogerse a un decreto en que la adscripción como judío podía en parte ser obviada si se había sido excombatiente en la anterior guerra y se probaban luego altos servicios a la nación. Rueff cumplía de sobra esos requerimientos, pero de poco le hubiesen valido si no hubiese habido la intervención del propio Pétain a su favor. En efecto, Rueff se había casado, al poco de su vuelta de Inglaterra, en 1937, con Christiane Vignat, cuya familia tenía buenas relaciones con el mariscal y este había sido el padrino en su boda y luego de una de sus hijas³¹. Rueff fue obligado a retirarse como inspector raso de finanzas, con residencia y actuación prácticamente circunscrita al departamento donde tenía la residencia su familia política, Annonay en l'Auxerre.

La proscripción de Rueff por el régimen de Vichy le dejará tiempo al menos para retomar el viejo proyecto de reescribir la segunda parte de su libro sobre los fenómenos monetarios, la que debía dedicar a la dinámica y que había interrumpido en numerosas ocasiones. Eso fue debido a la aparición de obligaciones profesionales imperiosas, como sabemos, pero también a que había ido madurando su pensamiento con respecto a cómo el falso dinero, esto es, la manipulación que del mismo se

³¹ Pétain arrastró siempre fama de mujeriego y fue “querido del alma” por muchas señoras de la sociedad medio burguesa francesa de entre guerras. Él mismo se tenía por padre y amante *in pectore* de las “maman” francesas. La lista de sus apadrinamientos de bodas y bautizos fue interminable y se recurría a él casi en igual cantidad de veces que a solicitar la bendición apostólica del Papa de Roma para cada nuevo matrimonio. Ver *Pétain et De Gaulle*. Plon Ed, Paris. 1964.

hace por las autoridades y por el sistema crediticio, estaba en la base de la crisis social.

Ya hemos visto como, en su oposición al nazismo, había dicho que Hitler se había visto facilitado por el desastre del cierre de la salida de capitales de Alemania y la eliminación del auténtico patrón oro. Ahora, en la noche oscura de la pérdida de libertades en su propio país, así como en todo el continente europeo, esto va adquirir unas dimensiones nuevas y el libro se irá transformando, poco a poco, en la explicación de cómo la impostura hecha con el dinero trastoca todo el orden social y lleva a las dictaduras de uno u otro signo.

Al sentirse siempre vigilado por la policía política de Pétain, será su mujer quien, por las noches, escriba al dictado, en una máquina de escribir para no dejar notas manuscritas, las ideas de Rueff. De cada página se hacían tres copias que se iban depositando en diferentes lugares secretos por si alguna caía en manos equivocadas. Estas precauciones se hicieron necesarias pues el libro se acabó convirtiendo en una diatriba impresionante contra todos los que cercenan la libertad de la persona humana. En ese sentido creo que podría ser comparable, en mensaje y argumentos, al *Camino de servidumbre* de Hayek. No logró el éxito de este, por haberse publicado mucho después y por haber sido escrito en francés, aparte de ser mucho más voluminoso y emplear una terminología de todo punto original y siempre muy “rueffiana”, esto es, muy precisa (a Rueff siempre se le nota su formación de ingeniero), muy rigurosa y muy prolija, detallista y densa. A mi juicio, no contribuyó tampoco a esa falta de éxito comparado con el libro de Hayek, el haberle puesto un título que, si bien respondía a su contenido y que le era muy querido a Rueff, era poco atractivo y confundía incluso al que esperaba un libro de economía monetaria.

Todos los que han glosado el libro cumbre de Rueff coinciden en que resulta necesario enfrentarse al mismo con ánimo y sin desfallecer. Minart dice que “hay que merecerlo”. Poco a poco, si se es persistente, se va descubriendo la lógica que lo impregna y se encuentra la justificación de por qué el mal está en trastocar los principios generales del derecho y en manipular la moneda. Al cabo, se logra ver cómo Rueff pone de manifiesto las interrelaciones entre precios, tasas de interés, tasas de redescuento del Banco

Central y tipos de cambio. Y, lo más importante, se entiende porque que el orden espontáneo de la propiedad privada lo envuelve todo y como el respeto a la misma es lo que permite la libertad y la que da, a cada poseedor de una riqueza, el derecho de disponer como quiera de la misma. Esa propiedad (riquezas en bienes o dinero) no debe confundirse con la materia sustrato de la misma, pues lo importante es la posibilidad de ejercer el derecho que comporta: cambiarla en el mercado o atesorarla, todo a voluntad de su dueño. En ambos casos se tiene un depósito de valor. Rueff dirá que el derecho de propiedad es un “recipiente” que se llena o vacía según la decisión de la persona a quien corresponde.

Esa distinción entre la naturaleza del objeto y la naturaleza del derecho de propiedad, es decir, de esa misma propiedad como un “derecho contenido en un recipiente”, le permitirá hablar a Rueff de “verdaderos” y “falsos” derechos de propiedad. Según esto, una persona puede ser propietaria de algo, e incluso tener ese algo registrado a su nombre, pero de nada le sirve todo eso si luego no puede ejercer su derecho, o el mismo le queda sin valor por no haber una contrapartida en el mercado que permita vaciarlo. Lo cual puede ocurrir, y ocurre, porque, por ejemplo, una autoridad, y no el mercado, haya fijado un precio para la compra-venta de un bien determinado. En estos casos, el mercado no está en equilibrio, pues los que quieren comprar no encontrarán vendedor, ya que los vendedores no acudirán al mismo por no compensarles esos precios fijados autoritariamente.

Otra manera de generar “falsos derechos” para Rueff es, por ejemplo, dar a alguien un dinero creado de la nada, o hacer posible que lo reciba en préstamo y que con el mismo pueda comprar bienes o servicios en el mercado. Al haber un dinero no correspondido con una paralela, o previa, generación de riqueza, se deterioran los derechos de quienes detentan dinero, por la subida de precios consiguiente y la pérdida de poder de compra. También ocurre algo similar cuando el estado adquiere a un precio político los excedentes de producción no vendidos al precio que fijaría el mercado. Esto mismo ocurre con los salarios cuando se fijan cantidades mínimas para ellos o se obliga a seguir lo dispuesto en convenios o cuando se deben cumplir regulaciones diversas, cosas todas que afectan al precio (en este caso, el salario). Si se dan estos

supuestos puede que el detentador del derecho a ofrecer su trabajo contemple como dispone de un “falso derecho”, pues nadie le contratará, aunque estuviese dispuesto a trabajar por el precio (salario) de mercado. La propiedad privada entendida en el sentido de “recipiente lleno” susceptible de “vaciar” en los intercambios (aportando el valor que el mercado dé en cada momento), junto con la necesaria prudencia presupuestaria, serían las bases para que el sistema de precios rigiese las relaciones económicas y los empresarios pudiesen tener un marco de seguridad jurídica para llevar a cabo sus procesos de mercado.

La guerra continuaba, pero cuando se vio que lo de Rusia resultaba un fracaso y los americanos abrían el frente africano, Rueff fue perfilando más formalmente su compromiso con las fuerzas de la Francia libre y con De Gaulle en particular. Esto le llevó a aceptar estar en varios comités de la resistencia e incluso, cuando el desembarco de Normandía, a participar en la insurrección que la resistencia llevó a cabo en su departamento. Fue cooptado como administrador civil *sui generis* del territorio, pero la liberación de París le hizo consciente de que era allí donde estaba su puesto. Sin embargo, los destinos que se le asignarán no van a tener nunca ya, al menos con carácter oficial, mucho que ver directamente con la economía y las finanzas. Primero estará en las comisiones que cerraron la rendición de Alemania, tanto en Berlín como en Moscú, luego en Bélgica en la comisión de reparaciones (un nuevo intento de hacer pagar a Alemania los desastres de la guerra) que, con el plan Marshall y la creación de la República Federal en el oeste de Alemania, dejó de tener contenido y razón de ser. De allí pasara, en un salto cuando menos inesperado, a jurista del tribunal europeo encargado de la solución de las disputas dentro de la nascente comunidad económica del carbón y del acero. Tendrá incluso un interregno de unos dos años como primer ministro del principado de Mónaco, cuando el nuevo príncipe Rainiero le pida que asuma ese cargo³².

³² Esto pudo ser porque durante sus estancias en Berlín y en la zona ocupada occidental, tuvo como asistente a un militar que no era otro que el futuro príncipe de Mónaco, Rainiero Grimaldi. Este, al ocupar el poder, deseó que alguien a quien tanto admiraba le ayudase en sus primeros años de reinado. La impronta de Rueff en

X

RUEFF, ASESOR DE DE GAULLE. EL PECADO MONETARIO DE OCCIDENTE Y LA ERA DE LA INFLACIÓN.

Las labores alejadas del centro de poder y de los desvaríos de la IV república, no le dejaron a Rueff ajeno a la marcha de la economía francesa y al desastre que suponía el déficit público gangrenado y la actuación de un Banco de Francia a las órdenes de Wilfrid Baumgartner, ahora amo todopoderoso de la palanca del Banco de Francia.³³ En efecto, desde antes de la guerra y luego durante toda la IV república el Banco de Francia empleaba un sistema conocido como de economía de endeudamiento que significaba el redescuento de efectos a medio plazo y a tipos especiales. Eran activos financieros principalmente del sector de la construcción³⁴. Había sido un medio de ayudar a la industria nacional, pero se había convertido

Mónaco continua visible hoy en día. Todos los años, un congreso que lleva su nombre reúne a las principales cabezas pensantes de la economía liberal del mundo.

³³ Habíamos dejado a Baumgartner en París en un puesto paralelo al de Rueff, pero fue ascendido a Gobernador del Banco de Francia poco antes de la guerra y permaneció en su puesto en París sin seguir al gobierno en su huida hacia el sur. Aceptó la legalidad de Vichy en las apariencias, pero no sin restricciones mentales y de formas, amén de los equilibrios que tenía que hacer por las dificultades de tener al ocupante permanentemente alerta. En un momento dado, ante lo crecido de las acciones de la resistencia, Hitler decidió encarcelar a todos los intelectuales de la zona ocupada, juzgados no colaboracionistas, por creerlos comprometidos con la resistencia. Baumgartner fue llevado a un campo de concentración. Para cuando fue rescatado del mismo y pudo rehacer su salud, hacía tiempo que París había sido liberada y los puestos principales estaban ocupados por nuevas caras. Para su propio desastre, Jacques Rueff brillaba en los puestos de mayor relevancia. Eso, a sus ojos, no dejó de ser toda una nueva afrenta del destino. Pero, aupado por amistades y ex-colegas *polytechniciens* consiguió el puesto de gobernador de la *Banque de France* nuevamente y no lo dejaría ya hasta el momento de su gran enfrentamiento con Jacques Rueff en 1959 cuando consiguió que el “plan” de este no tocara ni un ápice el sistema financiero francés. De todas formas, ese empecinamiento le costó dejar el puesto de gobernador y retirarse a una posición, aparentemente mejor, pero de menor poder: ministro de finanzas. No deja de ser interesante contemplar la imagen de la famosa toma de decisión por De Gaulle del “plan Rueff”. En una mesa, en un lado se sentaban el general y sus secretarios (Pompidou y Debré), en el otro, el ministro de finanzas, a poco de dejar el cargo y en los dos lados restantes: Baumgartner con los subgobernadores y Jacques Rueff. La cara de circunstancias de Baumgartner es digna de contemplar.

³⁴ De entonces venía el conocido aserto francés sobre la economía en crecimiento: “Si le bâtiment va, tout va!”

en una droga del sistema que nadie se atrevía a tocar pero que, como podemos suponer, implicaba un sistema altamente inflacionista. Si a eso añadimos que, además, el estado financiaba exhaustivamente su déficit con el Banco de Francia, vía el descuento de títulos de la deuda pública, tendremos una imagen global de la nefasta situación de la divisa francesa. Rueff escribirá incontinentemente contra ese sistema, sin éxito aparente, durante diez años. Solo será escuchado cuando De Gaulle sea llamado de nuevo al poder y le encargue en la sombra (como siempre) un plan de enderezamiento.

El famoso plan Rueff consistió en otra devaluación del franco, mediante la creación de una nueva divisa: el “franco nuevo”, equivalente a cien francos antiguos (“franco Poincaré”), todo acompañado de una serie de medidas para equilibrar el presupuesto, detener la indiciación de salarios y rentas con la subida de precios y liberalizar la economía sacando al sector público de muchos ámbitos donde su intervención se había demostrado altamente ineficiente. La reforma fue un éxito enorme (al igual que las dos anteriores reformas auspiciadas por Rueff). Curiosamente, lo único que Rueff no pudo conseguir del general fue la autorización para una reforma del sistema crediticio francés que siguió bajo unos supuestos no acordes con las necesidades de una economía más liberalizada y que, como ya he dicho, suponía financiar a bancos y empresas con una expansión del crédito a tasas forzadas. Por esto, al poco, Rueff tuvo que volver a presionar a De Gaulle para completar su plan con un segundo trabajo (el famoso informe Rueff-Armand), pero sin conseguir nada tampoco en el lado de la reforma del sistema financiero por la presión de Baumgartner.

Dadas estas limitaciones, Rueff no cesará de escribir sobre el problema del crédito y también para plantear las dificultades que el déficit público, al poco nuevamente desbocado, suponía para la economía francesa y su sector exterior. Aquí retomará sus conocidas tesis sobre las balanzas de pagos de cuando la temática de las reparaciones con Keynes, y escribirá dos opúsculos sobre el mismo tema, contenidos luego en un volumen de título altamente expresivo *Le lancinant problème des balances de paiements*. Al tiempo, su animadversión por el *dollar exchange standard*, dadas sus nefastas consecuencias inflacionistas, le animarán a acercarse al entorno

del general y quedarse como su consejero áulico (oficiosamente como siempre)³⁵. No por otra cosa consiguió de este su famosa alocución en contra del dólar y a favor del patrón oro auténtico.

Las medidas amparadas por De Gaulle bajo la inspiración de Rueff les supusieron en Estados Unidos el ser declarados oficialmente personas non gratas por el americanismo más burdamente anticomunista y más proclive a la guerra de Viet-Nam. El insistir de De Gaulle y Rueff en la vuelta al patrón oro clásico, cuando esto suponía cerrar la financiación del entramado político-militar³⁶ y que esa posición se tomase, por esos sectores ultras, como una traición al esfuerzo de guerra del “mundo libre” en el sudeste asiático, más el que, a la par y en plena guerra fría, se favoreciese a la URSS, por ser esta una de las grandes potencias detentadoras de oro, significó que el general, que aun cuando en la crisis de los misiles de Cuba se había declarado claramente partidario de Kennedy, fuese visto como un desertor. Otros motivos que ayudaron fue el que, De Gaulle, en otra de sus posturas, había ejercido un acto de independencia al salirse del mando conjunto en la OTAN y negado, con su veto, la entrada del Reino Unido en la entonces CEE³⁷.

³⁵ Es curioso que a Rueff, el personal del Eliseo le conociese como “le visitant du soir” (el visitante de la noche), ya que a esa hora privada, De Gaulle tenía con él largas conversaciones y reflexiones. El general y Rueff no solo eran prácticamente de la misma generación, también tenían afinidades en su formación y encontraban puntos de anclaje comunes tanto en un patriotismo bien entendido, como en los autores filosóficos que les eran queridos a ambos.

³⁶ Hay que entender que, de volver al oro, los Estados Unidos no podrían financiarse con déficit y que se quedarían sin el soporte del dólar como moneda de reserva internacional.

³⁷ La conferencia de De Gaulle, donde preconizó que se volviese al patrón oro clásico, altamente inspirada en las opiniones que Rueff había aportado en muchas entrevistas, supuso el que las malas lenguas dijese que ese fue el detonante para que la CIA viese el modo de hacer caer al general. De ahí la intensificación de los contactos de sus agentes con los sucesores *in pectore*: Pompidou, Giscard, etc., y que alguien viese cierta mano negra en el estallido estudiantil del 68, ante el que, además, De Gaulle reaccionó tarde y mal. No pareció entender los cambios de mentalidad y generacionales que se habían producido en la sociedad, en especial un deseo de apertura cultural y de ampliación de la participación de los jóvenes, y de la mujer especialmente. Cambios que su propia política había permitido que se generasen al lograr cotas de desarrollo económico y social sin precedentes. Después del éxito del golpe de efecto del propio De Gaulle, ausentándose unas horas de Francia, para recalar en Alemania en los cuarteles del ejército francés allí destacado, dejando así en el aire la incógnita de su

Ante los males de la inflación en los años sesenta del siglo XX, dos artículos suyos en *Le Monde* darán la vuelta al mundo y luego se contendrán y ampliarán en dos de sus obras más conocidas: *El pecado monetario de Occidente* y *La era de la inflación*. La caída de De Gaulle en las elecciones de 1969 a renglón seguido de la revolución estudiantil del 68, le retirará de modo indirecto de la vida pública. Pero, para entonces, su fama y prestigio eran ya muy grandes. No solo por los éxitos de sus reformas sino también por la *légion d'honneur* que le impuso el propio general y especialmente por su labor en *L'Académie Française* y en el *Institut de France*. No obstante, se hará mucho para que fuese olvidado rápidamente, pues su labor como mala conciencia de los gobernantes era lo que menos se deseaba en un momento en que los nuevos tecnócratas postgaullistas habían tomado el poder.

XI RESUMEN Y CONCLUSIONES

A la hora de hacer un sumario de las grandísimas aportaciones de Rueff para poner de manifiesto la gran impostura mantenida por los gobernantes con la moneda, resurge la pregunta: ¿por qué el olvido de este autor?

Podría entenderse que dado el triunfo academicista y político del postkeynesianismo y luego del monetarismo y de las diversas síntesis y reformulaciones de ambos estos no lo tuviesen en cuenta. Pero extraña que un Friedman, en gran parte de su vida contemporáneo de Rueff, pertenecientes ambos a la Mont Pelerin Society y campeón de la libertad de elegir, no dijese nada de él o no le defendiese en Estados Unidos cuando la opinión de los políticos y de la

vuelta auspiciada por los militares y a pesar de la convocatoria de elecciones generales, luego ganadas por gran mayoría, y de la solución pragmática para la crisis que Pompidou supo llevar a cabo, mayo del 68 significó el principio del proceso que llevaría a la renuncia del gran general. Es importante a este respecto seguir la carta personal que Pompidou le envió a Raymond Aron explicando cómo había tergiversado las ordenes de De Gaulle en relación a los acuerdos con estudiantes y obreros en las reuniones de Grenelle y que supusieron el embalsar las protestas y a la postre diluirlas. Ver para esto Aron (1983).

academia se le echaron en contra, a renglón seguido de la alocución de De Gaulle sobre el fin del patrón de cambios dólar y la petición de paso a un auténtico patrón oro. Tal vez pueda comprenderse todo esto si vemos como Rueff cosechó en vida cantidad de aprecio y reconocimientos, pero también resistencias y envidias. En gran parte estas tuvieron mucho que ver con su postura vital y con su manera de ser diferente, tanto en el pensar como en el actuar. Cuando sus colegas *polytechniciens* eran socialistas, o abiertamente comunistas, él se afirmaba como liberal, cuando las derechas estaban en oposición al frente popular, Rueff no tiene inconveniente en apoyar con sus ideas liberales a Paul Reynaud, brindándole su colaboración. Cuando los socialistas estaban en el poder en la IV República, les acusará de mentirosos por su postura de engañarse ellos mismos y a la sociedad, desvalorizando el franco con la inflación. Cuando los capitanes de industria creían tener el poder en las manos, por las nacionalizaciones y las connivencias con los políticos y el Banco de Francia, les desmontará el tinglado con un plan “gaullista” que les dejará sin apoyos. Pero es que, encima (como le molestaba sobremanera a Baumgarten), lo hacía con elegancia, con apoyo técnico y práctico incuestionable y con ese acento, tan francés, del *savoir faire*.

Antes de que se escribiese formalmente en contra del keynesianismo, Rueff lo hizo contundentemente, pero es que además fue de los pocos que le manifestó su radical oposición en persona y cara a cara al propio Keynes, haciéndolo tanto en público como en privado. Su artículo: “Les erreurs de la théorie générale de Lord Keynes” publicado en 1947³⁸ fue una diatriba completa contra los postulados Keynesianos, antes incluso del ataque capítulo por capítulo que a *La Teoría General* hizo Henry Hazlitt en Estados Unidos.

Rueff será ante todo una personalidad práctica, como Keynes, pero que, en opuesta manera de ver, buscará siempre el modo político de que se lleven a cabo reformas que acercasen al ideal liberal.

³⁸ Publicado en la *Revue d'économie politique* n.º. 57, enero-febrero de 1947, y con traducción inglesa bajo el título: “The Fallacies of Lord Keynes’ General Theory”. Este tema lo completó Rueff con un artículo, casi póstumo, de 1976 titulado: “L’ère keynésienne”, contenido luego en el capítulo XII, del tomo III, de sus obras completas.

Por ello, defenderá la propiedad privada como núcleo y base de todo el armazón económico, el ajuste libre de los precios, la ausencia de déficit en los presupuestos públicos y la norma de tener un patrón oro como garante, cuasi constitucional, de que habrá un freno a toda tentación inflacionista. Los males de esta inflación serán para Rueff no solo los de las subidas de precios de bienes y servicios, como algunos representantes de la escuela austriaca le han achacado, sino que Rueff, como hemos visto, hace hincapié también en tantos y tantos otros males sociales y económicos de la inflación, y dejó claramente dicho, además, cómo Hitler subió al poder, entre otras cosas, por la inflación ocultada a los alemanes.

Rueff tomará de Turgot *l'esprit rationnelle* para circunscribir al estado a su campo de acción y tener a la deuda pública contenida. De Bastiat, la actuación libre del empresario en un mundo sin proteccionismos ni prebendas. De Colson, la defensa del libre mecanismo de formación de los precios en una acepción walrasiana de equilibrio en libertad (el orden rueffiano). Y coincidirá con Hayek en la defensa del mercado como "orden espontáneo".

Friedman querrá que la ciencia económica sea capaz de hacer predicciones y que las teorías que no se sustenten en esto sean desdénadas. Por tal forma de pensar será declarado un positivista práctico. Rueff, en quien muchos han visto una posición positivista semejante, es verdad que nunca dejó de lado su formación como ingeniero y que nada le gustaba más que el razonar con el rigor de la física y las matemáticas, pero era consciente de sus limitaciones en su aplicación a las llamadas ciencias sociales. A diferencia de Friedman, no quería tanto que las teorías fueran predictoras, sino que demostrasen que, cuando se las aplicaba a la realidad, funcionaban. Ese debía ser el criterio para mantenerlas o desecharlas y también que no se pensase que cabía el que tuviesen una aplicación sempiterna en el tiempo, o universal en el espacio. Las condiciones sociales diferentes entre países y las aplicaciones innovadoras de las ciencias de la naturaleza, debían de hacer conscientes a todos de que una teoría podía y debía cambiarse. Otra cosa eran los grandes principios inspiradores, esos eran permanentes y, por ello, "su discurso del método" no lo varió en su vida.

En lo que respecta a que Rueff fuese campeón del patrón oro no lo era por tener a este metal como un fetiche, según la

caracterización tanto de Keynes como de Friedman, sino por lo que representaba de mal menor como norma de obligado cumplimiento. Era para Rueff, sobre todo, un medio de freno para las tentaciones de políticos y reformistas sociales, siempre solo centrados en “lo que se ve”.

El dinero fue siempre algo sagrado para Rueff. Nadie debía inmiscuirse en hacerle perder valor. Solo el mercado, al sancionar con los precios el “vaciado” de los derechos de propiedad, tenía el derecho de ajustar ese contenido. Para Rueff, “inflar la moneda es conceder a sus beneficiarios la potestad de demandar sin ofrecer, de sacar bienes y servicios de la economía sin que haya habido una aportación previa de riqueza por igual valor”. Es por ello que la definición más precisa de inflación sería, probablemente, según señaló el mismo Rueff, la de “deterioro en la calidad del dinero mediante la incorporación, al circulante monetario, de numerario sin las cualidades dinerarias necesarias”. Para Rueff, como para Keynes, el dinero será el nudo gordiano a tener en cuenta. En el caso del economista inglés será para romperlo como medio instrumental de su política contra el paro o, mejor dicho, contra la revolución bolchevique a la que veía abocada a su sociedad si el desempleo continuaba. Para Rueff lo será por un respeto a la libertad humana en el decidir qué hacer con su propiedad, en tanto en cuanto el dinero, como orden espontáneo, recoge el depósito de valor de ese derecho de propiedad.

Rueff, a diferencia de Keynes, pensará siempre a largo plazo, pues solo en ese término se ven al cabo la bondad de la aplicación de las ideas liberales, pero al tiempo será una personalidad dotada de un alto instinto político y sus reformas se cuidaron siempre de obtener algunos resultados a corto plazo que las hiciesen aceptables por las diferentes fuerzas sociales³⁹. Los liberales y los economistas de la EAE preocupados por el modo en que puedan llevarse sus ideas a la práctica tienen el ejemplo de un Rueff que supo

³⁹ Por ejemplo, no gustaba de la devaluación de la moneda, pero sabía que, cuando no quedaba más remedio, debía hacerse en un grado tal que los salarios interiores no fueran altamente afectados y con ello ganarse la benevolencia de los sindicatos (tal y como supo hacer con Guy Mollet en el gobierno provisional de De Gaulle en 1958 y antes igualmente en las reformas de Poincaré y de Reynaud).

implantarlas con rigor, criterio y oportunidad. Un guía de lujo que no merece caer en el olvido.

Para terminar, recordemos la frase más paradigmática de Jacques Rueff, dirigida a todos los políticos y a todas las personas de buena voluntad: “Defended la moneda eficaz y verdadera o aceptad la esclavitud”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aglietta, M. (1987) : *Jacques Rueff, leçons pour notre temps*, París, Economica.
- Alonso, M.A. (2016): *Expansiones y recesiones en un mundo globalizado*, Barcelona, RBA Editores.
- Aron, R. (1983): *50 ans de réflexion politique. Memoires*, París, Julliard.
- Boettke, P. (Coord). (2017): *Manual de economía de la escuela austriaca contemporánea*, Madrid, Unión Editorial.
- Chivis, Ch.S. (2010): *The monetary conservative. Jacques Rueff and twentieth-century free market thought*, Dekalb, EUA., Northen Illinois University Press.
- De Gaulle, CH. (1999): *Memoires d'espoir. Le renouveau 1958-1962*, París, Plon Ed.
- Hayek, F.A. (1978): *La desnacionalización del dinero*, Madrid, Unión Editorial.
- (2010): *Hayek sobre Hayek*, Madrid, Unión Editorial.
- (2017): *Obras completas. Volumen IX. Contra Keynes y Cambridge*, Madrid (Segunda edición), Unión editorial.
- Huerta de Soto, J. (1992): *Socialismo, cálculo económico y función empresarial (5ª ed.)*, Madrid, Unión Editorial.
- (2010): *La escuela austríaca, mercado y actividad empresarial*, Madrid, Síntesis. Colección: Historia del pensamiento económico.
- (2018): *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*, Madrid, Unión Editorial.
- Keynes, J.M. (1965): *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, Fondo de cultura económica.
- (1966): *Tratado del dinero: teoría pura y aplicada del dinero*, Madrid, Unión Editorial.

- (1996): *Breve tratado sobre la reforma monetaria*, México, Fondo de cultura económica.
- Martínez Meseguer, C. (2016): *La teoría evolutiva de las instituciones. La perspectiva austríaca*, Madrid, Unión Editorial.
- Mantoux, E. (1946): *The Carthaginian Peace or the Economic Consequences of M. Keynes*. Londres. 2002. Nueva versión: *La paix calomniée ou les conséquences économiques de M. Keynes*, París, Editorial l'Harmattan.
- Minart, G. (2016): *Jacques Rueff, un libéral français*, París, Odile Jacob.
- Pays, B. (1991): *Libérer la monnaie*, París, PUF.
- Rallo Julián, J.R. (2013): *Los errores de la "nueva" economía*, Madrid, Unión Editorial.
- Rojo Duque, L. A. (1988): *Keynes, su tiempo y el nuestro*, Madrid, Alianza Ed.
- Rothbard, M. N. (2013): *Historia del pensamiento económico*, Madrid, Unión Editorial.
- Rueff, J. (1922-1969): *Des sciences physiques aux sciences morales. (Essai de 1922 reconsidéré en 1969)*, París, Payot.
- (1927): *Théorie des phénomènes monétaires. Statique*, París, Payot.
- (1932): «Les doctrines monétaires à l'épreuve des faits. Conférences organisées pour la société des anciens élèves de l'école libre des sciences politiques sur la direction de Jacques Rueff », París, Lib. Felix Alcan.
- (1944): *L'ordre social*, París, Editions de Medici.
- (1959): "El franco y Francia a partir de la reforma financiera de diciembre de 1958, Documentación económica", *Revista de la OSE*, Madrid.
- (1961): *Discours sur le crédit*, París, Éditions du collège libre des sciences sociales et économiques.
- (1966): *Le lancinant problème des balances de paiements*, París, Payot.
- (1967): *La era de la inflación*, Madrid, Guadarrama.
- (1967): *Les dieux et les rois*, París, Payot.
- (1969): "Todavía "otro expediente": Derechos especiales de giro", *Revista ICE*, Madrid.
- (1971): *El pecado monetario de Occidente*, Madrid, Dopesa.
- (1972): *De l'aube au crépuscule. Autobiographie de l'auteur*, París, Plon Ed.
- (1972): *Ouvres complètes*, París, Plon Ed.

- (1972): *Combats pour l'ordre financier*, París, Plon. Ed.
- Salin, P. (1990): *La vérité sur la monnaie*, París, Editions Odile Jacob.
- Salin, P. Y Bourricaud F. (1989): *Présence de Jacques Rueff*, París, Plon Ed.
- Schumpeter, J.A. (1971): *Historia del análisis económico*, Barcelona, Ariel.
- Skidelsky, R. (2015): *Keynes*, Barcelona, RBA.
- Skousen, M. (2010): *La formación de la teoría económica moderna*, Madrid, Unión Editorial.
- White, L.H. (2014): *El choque de ideas económicas*, Barcelona, Antoni Bosch Editor.

